619-15 63

UNA RETIRADA A TIEMPO.

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA

TRADUCCION

DE D. J. H. DE M.,

y representada en el teatro del Circo la noche del 19 de Julio de 1844.

MADRID:

IMPRENTA DE DON ANTONIO YENES,

Calle de Segovia, núm. 6.

—

1844.

PERSONAS.	ACTORES.
EL SR. COURTOIS.....	*D. Lázaro Perez.*
LA SRA. COURTOIS.....	*D.ª Joaquina Baus.*
JOAQUIN, criado.....	*D. José Valero.*
MARGARITA, criada.....	*D.ª Gerónima Llorente.*
MARQUES DE BLANZAI.....	*D. José Revilla.*
UN COMISARIO DE POLICIA.	*D. Lorenzo Uzelay.*
SOLDADOS.—PUEBLO.	

Paris, 1793.

Esta comedia es propiedad de la Sociedad de escritores dramáticos, la cual perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto único.

Un comedor sencillo, una puerta en el fondo y dos á la derecha del actor, entre estas hay una alacena. A la izquierda una ventana en primer término, en el segundo una puerta. Una mesita para escribir; entre la puerta y la ventana sillas ect.

ESCENA PRIMERA.

MADAMA COURTOIS, MARGARITA *y despues* JOAQUIN.

(*Al levantarse el telon está la señora Courtois trabajando junto á la ventana, Margarita cerca del armario arreglando la bajilla.*)

SRA. COURTOIS. ¡Ay Dios mio!

MARGARITA. ¿Qué teneis, señora?

SRA. COURTOIS. ¡Ese hombre aun!

MARGARITA. ¿Aquel joven?

SRA. COURTOIS. Sí, el mismo.

JOAQUIN. (*Saliendo de pronto por la segunda puerta á la derecha con una espumadera en la mano.*) ¿Qué ha ocurrido?

MARGARITA. Lo que á tí no te importa... ¿Qué tienes tú que hacer aqui? Ya te dije que tuvieses cuidado de lo que está á la lumbre.

JOAQUIN. Verdad es que me dejásteis cuidando el puchero... pero estaba en lo mas peligroso de la espumacion, y he oido un: — «¡Ah Dios mio!»

SRA. COURTOIS. Ea, vuelve á tu tarea.

JOAQUIN. Tengo un valor admirable... pero en oyendo el menor quejido!...

SRA. COURTOIS. He tropezado en un mueble.

JOAQUIN. ¿Os habeis hecho mal? (*Con frialdad.*) En fin, sino es mas que eso...

MARGARITA. Este muchacho es tonto...

JOAQUIN. (*Aparte.*) ¡Cómo me trata!... Por otro lado es una buena mujer.

MARGARITA. Ea, vuelve á tu cocina.

JOAQUIN. Está bien, tia. (*Aparte.*) De buena hemos librado, crei que venian á prenderme. (*Vase.*)

MARGARITA. Y bien, señora, ese hombre...

SRA. COURTOIS. Es el vizconde...

MARGARITA. ¿Estais segura de ello?

SRA. COURTOIS. Ayer pasó por debajo de mis ventanas... y con todo dudaba... pero ahora le he reconocido muy bien.

MARGARITA. ¡Un noble! ¡un vizconde en Paris! ¡en estos tiempos en que vivimos!

SRA. COURTOIS. ¡Jugar asi su vida, despues de tres años de emigracion!... ¿y para qué?... tal vez por verme...

MARGARITA. ¿Creeis que?...

SRA. COURTOIS. (*Acercándose á la ventana.*) ¡Mira!... aun está al pie de la ventana.

MARGARITA. ¡Si Courtois le viese!

SRA. COURTOIS. Me hace señas.

MARGARITA. ¡Prudencia, señora, prudencia!

SRA. COURTOIS. Tienes razon, Margarita, ves á buscarle por Dios!... dile que se marche, yo lo quiero... que se lo suplico... añádele que mi marido está celoso... que detesta la nobleza y que á la menor sospecha...

MARGARITA. No tengais cuidado. (*Vase.*)

SRA. COURTOIS. Despacha... (*Viendo entrar á su marido.*) ¡Cielos! ¡mi marido!... (*Cierra con viveza la ventana.*)

ESCENA II.

LA SEÑORA COURTOIS *y* MR. COURTOIS.

COURTOIS. ¿Qué estabas haciendo en la ventana?

SRA. COURTOIS. Tomaba el fresco.

COURTOIS. Mientes, Cornelia.

SRA. COURTOIS. Suplicoos, señor, que no me volvais á llamar Cornelia. Teneis la mania de bautizar á todo el mundo republicanamente, y es una ridiculez.

COURTOIS. Calla, muger desnuda de entusiasmo cívico... No proclames en mi presencia tus opiniones realistas y tu amor á los tiranos.

SRA. COURTOIS. Nadie mejor que vos sabe que detesto á los tiranos.

COURTOIS. Menos alusiones, ciudadana... Conozco vuestras simpatias por la nobleza, los grandes y todo lo que huele á despotismo... Contra todo mi gusto y hollando mis mejores principios, sois partidaria de la aristocracia, y no alimentais otra idea que corte y honores.

SRA. COURTOIS. Lo habeis acertado... Me acuerdo mucho de la elegancia, el buen tono, la política que habia antiguamente...

COURTOIS. La revolucion ha dado al traste con todo eso... Y de ello doy gracias á Dios.

SRA. COURTOIS. Vamos á ver, ¿qué daños os han hecho esos pobres señores? Cuando teniais comercio de paños en la calle de Lombardos, eran vuestros mejores parroquianos.

COURTOIS. Sí, compraban mucho... pero no pagaban nada.

SRA. COURTOIS. Decid mas bien que estabais furioso porque se mostraban galantes conmigo.

COURTOIS. Las galanterias eran lo de menos.

SRA. COURTOIS. Me solian dar algunos billetes amorosos que yo os enseñaba... casi siempre.

COURTOIS. Tampoco me importaban los billetes; pero creedme, Cornelia, no renoveis una herida, que está por cicatrizar aun!

SRA. COURTOIS. Ea, ya volvemos á las andadas!... siempre la misma historia... ¿No os lo he dicho ya cien veces...? ¿podia

yo evitar que ese joven, desconocido para mí, escalase el balcon de noche y entrase en mi cuarto á...

COURTOIS. ¿A qué?

SRA. COURTOIS. A echar á correr en cuanto os divisó.

COURTOIS. Verdad es; ¡miserable!... se salvó por el balcon, y por la torpeza del recluta que le dejó escapar... Aquel recluta imbécil que tenia piernas de trapo.

SRA. COURTOIS. ¿Tengo yo la culpa, decid?

COURTOIS. ¡Y la sortija, ciudadana, la sortija que os regalé, y que hacia doscientos años circulaba por toda mi familia, pasando de muger en muger como una insignia de virtud y fidelidad!... ¿qué se ha hecho?... ¿dónde para esa sortija desde aquella noche calamitosa?

SRA. COURTOIS. Esa sortija... ¡Dios mio!... la habré perdido... ¿No puedo yo perder una sortija?

COURTOIS. No, Cornelia, hay prendas que una ciudadana debe conservar siempre. ¿Y con todo esto quereis que no deteste á los nobles? Quisiera que el último desapareciese de la tierra...

SRA. COURTOIS. ¡Os vais haciendo terrible!

COURTOIS. Uno solo esceptuaria del decreto... uno cuya casa he servido, que es el marques, hombre honrado y que fue mi bienhechor. ¡Me iba á declarar en quiebra! ¡la antiquísima reputacion de los Courtois peligraba!

SRA. COURTOIS. ¡De veras!... ¡Y yo no lo sabia!

COURTOIS. Todo el mundo lo ignoraba... Vino el Marques en mi socorro, y me prestó sin interes alguno el dinero necesario.

SRA. COURTOIS. Eso no me estraña... Todos ellos tienen muy buenos sentimientos y rasgos de generosidad.

COURTOIS. Aquello me salvó el honor... Estoy obligado á reconocer la deuda estimando á ese hombre... Es contra mis principios, pero sin embargo, yo no soy nunca ingrato, y á la primer ocasion... Pero ya es tarde. (*Sacando el reló.*) Las once... me marcho.

SRA. COURTOIS. ¿A dónde?

COURTOIS. Al club de los franciscanos... El ciudadano Tiberio, boticario de la esquina, debe leer una mocion importante.

SRA. COURTOIS. Sea enhorabuena; pero no me le traigais á comer segun costumbre... Siempre que vais al club, convidais un Graco ó un Tito; en suma, nunca volveis á casa

sin el orador mas charlatan del cotarro... Os confieso que la elocuencia de esos señores no está muy acorde con mi apetito.

COURTOIS. Son mis amigos y deben agradarte.

SRA. COURTOIS. Amigos á quienes veis por primera vez, los mas... desconocidos.

COURTOIS. Conozco su patriotismo, y eso me basta... ¡Pero vos al contrario!... Si os trajese un enemigo de la república seriais la primera en agasajarle... en ofrecerle un asilo, sustraerle tal vez de la venganza nacional.

SRA. COURTOIS. ¡Ciertamente!... pero por fortuna, están muy lejos los enemigos de la república.

COURTOIS. Tal vez no tanto, ciudadana. Los emigrados van apareciendo... Ya se han visto en Paris bastantes...

SRA. COURTOIS. ¡Qué decis! ¿se ha descubierto?

COURTOIS. Aun no... pero la libertad vela, y nuestras murallas están bien defendidas.

SRA. COURTOIS. ¿Y se sabe poco mas ó menos?...

COURTOIS. Se sabe que no se escaparán... Y pronto llegará su castigo...

SRA. COURTOIS. ¡Ah Dios mio!

COURTOIS. ¿Qué teneis?

SRA. COURTOIS. Nada.

JOAQUIN. (*Entrando precipitado.*) ¿Qué ha ocurrido?

ESCENA III.

LOS MISMOS, *y despues* MARGARITA.

COURTOIS. ¿A qué vienes tú aqui sin llamarte?

JOAQUIN. ¿Yo?... no lo sé... pensé oir...

COURTOIS (*Aparte.*) No sé por qué se ha de mezclar siempre este animal en mis escenas domésticas.

JOAQUIN. (*Aparte.*) Ya entiendo; regañaba á su esposa. El pan diario de los matrimonios.

COURTOIS. (*Aparte.*) ¡Si no tuviese un aire tan salvaje!... (*Alto.*) ¡Bruto!... (*Joaquin no hace caso.*) ¡Bruto! ¿no quieres escucharme?

JOAQUIN. ¿Hablabais conmigo, señor?

COURTOIS. ¿Pues con quién ha de ser?

JOAQUIN. ¡Perdonad! pero ya se vé... toda mi vida he respondido por mi nombre ¡Joaquin!

COURTOIS. ¡Joaquin! ¡buen nombre está!... anda, Bruto, traeme el gorro y el baston.

JOAQUIN. Voy corriendo.

COURTOIS. ¿Dónde está Porcia?

JOAQUIN. ¿Porcia? ¿quién es Porcia?

SRA. COURTOIS. Margarita... aqui está.

COURTOIS. (*A Margarita que entra.*) Que esté dispuesta la comida dentro de una hora; siempre me haceis esperar.

MARGARITA. (*Aparte.*) ¡Qué genio!

COURTOIS. ¡Oyes! ¿y el gorro?...

JOAQUIN. (*Presentándole.*) ¡Aqui está señor!

COURTOIS. Déjate de señores, ahora todos somos iguales...

JOAQUIN. Queria decir...

COURTOIS. Menos contestaciones, ó te sacudo.

JOAQUIN. (*Aparte.*) ¡No es mala insinuacion!

COURTOIS. Quiero una obediencia ciega á cuanto disponga... El menor olvido le castigaré terriblemente... por lo demas ya sabeis que soy vuestro amigo, y que todos somos iguales.

JOAQUIN. Eso está bien, todos iguales.

COURTOIS. (*A Margarita y á Joaquin.*) Vosotros holgazanes comilones, ganad mejor el pan que comeis.

JOAQUIN. (*Aparte.*) Algo mejor es el pan que yo gano del que como; pero todos somos iguales.

ESCENA IV.

LA SEÑORA COURTOIS, JOAQUIN *y* MARGARITA.

SRA. COURTOIS. (*Bajo á Margarita.*) ¡Y bien! ¿qué has hecho?

MARGARITA. ¡Nada!... me ha sido imposible convencerle.

SRA. COURTOIS. ¡Desgraciado!... volverá tal vez... y si le descubren...

MARGARITA. ¿Qué haremos para avisarle?

JOAQUIN. (*Aparte.*) ¡Malo! andan en secretitos... mi vida debe correr algun peligro.

SRA. COURTOIS. Un solo medio tenemos... Voy á escribir un billete, y á la primera vez que pase...

MARGARITA. Yo se le entregaré.

SRA. COURTOIS. Espérame... vuelvo pronto. (*Entra en el cuarto de la derecha.*)

ESCENA V.

JOAQUIN *y* MARGARITA.

JOAQUIN. (*Tomando del brazo á Margarita.*) Tia Margarita, ha llegado el caso de que me hableis con franqueza; ¿corre algun peligro mi vida?

MARGARITA. ¡Tu vida!

JOAQUIN. No temais asustarme... lo sé todo.

MARGARITA. ¡Pues si lo sabes todo!... Eres un imbécil.

JOAQUIN. ¡Un imbécil!... probadmelo... y eso me halagará mucho.

MARGARITA. ¿Tú crees que atentan á tus dias, porque has sido soldado de policía?

JOAQUIN. ¡Silencio!... hablad mas bajo, ó perdeis á vuestro sobrino.

MARGARITA. Pues qué peligro hay en... (*Alzando la voz.*)

JOAQUIN. ¡Mucho! (*Tapándola la boca.*) ¡mucho! Habeis olvidado ya mi aventura, el dia que hubo bullanga en la plaza del ayuntamiento.

MARGARITA. ¿Cuándo?

JOAQUIN. No hace mucho tiempo... Por un lado las rondas de policia, y por el otro los... (*Bajando la voz.*) los pronunciados, que nos apedreaban de lo lindo.

MARGARITA. Vamos, ¿y qué?

JOAQUIN. Aquella crítica posicion me puso fuera de mí enteramente... me entregué un momento á la reflexion filosófica sobre mi estado, y dije para mí: «La ronda de policia es una guardia de seguridad; pues pensemos seriamente en conservar la mia propia.

MARGARITA. ¿Y qué hiciste despues?

JOAQUIN. ¡Despues!... es decir, en aquel momento cumplir con mi deber... A la voz preventiva de mando, alcé el fusil y á la ejecutiva... lo arrojé á los pies de mis compañeros... poniendo los mios en polvorosa... al grito heróico «El miedo guarda la viña.»

MARGARITA. ¿Y tus camaradas?

JOAQUIN. Todos prisioneros, tia, prisioneros, encarcelados!... Esa es la suerte que me esperaba, á ser menos heróica mi resolucion.

MARGARITA. Pero ahora estás seguro... no debes temer nada... arrojaste el fusil á tiempo.

JOAQUIN. Pero esta bella accion se ignora... ¡Ah! si el público supiese mi heroicidad, mereceria bien de la patria!...

MARGARITA. No importa, estás en casa de M. Courtois... patriota furibundo y municipal... No tienes motivo para esa inquietud, y esos temores.

JOAQUIN. Verdad es... A vos os debo haberme librado de mis enemigos... ¡Oh! un soldado que cuenta con una tia, está en grande.

MARGARITA. Ya sabes que puedes contar siempre conmigo... no te abandonaré jamás. Se lo prometí á tu madre, á mi pobre hermana, cuando murió.

JOAQUIN. Bendigo la memoria de mi madre y en cuanto al autor de mis dias le venero mucho menos.

MARGARITA. No le conoces...

JOAQUIN. Eso es justamente lo que impide mi amor filial... Y á propósito de mi padre... estoy pensando en una cosa... ¡Mi madre le conocería probablemente!

MARGARITA. ¡Vaya, Joaquin, eres un idiota!

JOAQUIN. ¡Toma! ¡la cosa no tiene escape! ¡Y algo os diria vuestra hermana sobre el particular!

MARGARITA. Jamas me dijo *oste ni moste.*

JOAQUIN. ¡Y eso qué le hace! con tal que dijera quién fué mi padre, para que hacia falta el *moste?*

MARGARITA. Sé únicamente que naciste en el castillo del Marques de Blanzay, dónde tu madre estaba sirviendo.

JOAQUIN. En casa del Marqués, dónde mi madre estaba sirviendo... ¿Si correrá sangre de Blanzay por mis venas?

MARGARITA. Oyes, no vayas á pensar...

JOAQUIN. Tia... yo conozco muy bien las costumbres de la época... Debo tener algo de los Blanzay... lo presumo por la nobleza de mi carácter... Ademas siempre se ha dicho que mi facha tiene cierto no sé qué de grande.

MARGARITA. Verdad es.

JOAQUIN. Sin embargo; esto se queda aquí entre los dos. Si llegasen á descubrir mi ilustre descendencia, éramos perdidos... Un golpe de mano, ó mejor dicho de cuello...

era inevitable... ¡Diablos! Ahora que ahorcan de los faroles... Serian capaces de dejar cesante un reverbero para colgarme en su lugar.

MARGARITA. No tengas cuidado... eso lo hacen solamente con las personas de alto rango: el pueblo no tiene nada que temer...

JOAQUIN. Teneis razon... Solo cuelgan á los hombres de brillo, y yo soy demasiado obscuro para reemplazar un farol.

MARGARITA. Muy bien pensado.

JOAQUIN. A pesar de todo, vivo en un contínuo sobresalto... De todo tengo miedo... hasta de mi traje... Sí, de mi traje... He quitado los vivos al péti, y ya es casaquilla de paisano... sin embargo pienso cortarle los faldones para estar mas seguro.

MARGARITA. Eres la persona mas cobarde que he visto.

JOAQUIN. Hombre prevenido vale por dos: y el raton que no tiene mas que un agujero, presto se pilla.

MARGARITA. Aqui no hay esa persecucion que tú te imaginas.

JOAQUIN. Por si acaso... hacedme el favor de aquella alhajita que os dí á guardar.

MARGARITA. Dime... ¿Estás seguro de que te pertenece legítimamente?

JOAQUIN. ¡Tia! ¡esa legitimidad ofende al sobrino!

MARGARITA. No tal, hijo mio... pero ya se vé, una sortija de tanto valor en tu mano!...

JOAQUIN. En mi dedo, direis mejor. Vaya, muger timorata y escrupulosa, no os calenteis los cascos en acertijos. Botin que cojí en actos del servicio... Ibamos una noche de patrulla, y á la luz de la luna vimos un individuo que salia de una casa por un balcon del piso principal.

MARGARITA. Algun amante ó algun ladron?

JOAQUIN. Corrimos en su seguimiento, pero tan ligeros son los amantes como los ladrones, y por mas que hicimos no le alcanzamos... Yo eché la mano...

MARGARITA. ¡Ah ladron!

JOAQUIN. ¡Quiá! ¡no señora!... á la sortija que se le cayó.

MARGARITA. ¿Y qué pretendes hacer con ella? ¡debes entregarla á la justicia!

JOAQUIN. ¡No haré tal á fé mia! De mano á mano no va nada... y en el dedo pequeño de la mia lucirá muy bien...

Si despues me ofrecen una buena suma por ella...

MARGARITA. La venderás... y qué...

JOAQUIN. ¡Estoy proscrito!... La cuchilla está levantada sobre mi cabeza, y de un momento á otro puede ocurrir... Para nada se necesita mas oro que para corromper escribanos y carceleros.

MARGARITA. ¡Chico, tú estás loco! Pero si te has de tranquilizar con ella... búscala en mi armario... abierto está.

JOAQUIN. Voy corriendo... ¡Hola!... ¿quién vá?

ESCENA VI.

LOS MISMOS Y EL MARQUES.

EL MARQUES. (*Embozado en una capa.*) ¡Amigo! ¿es esta la casa del ciudadano Courtois?

MARGARITA. La misma, ciudadano. (*Reconociéndola.*) ¡Dios mio! ¡es él!

EL MARQUES. Silencio.

JOAQUIN. (*Aparte.*) ¿Qué le habrá dado á mi tia?

EL MARQUES. ¿El ciudadano Courtois, no está en casa ahora?

MARGARITA. No... no... afortunadamente... es decir...

JOAQUIN. ¡Cómo tartamudea!

MARGARITA. (*Bajo á Joaquin.*) Vete.

JOAQUIN. (*Aparte.*) Quiere que me vaya... ¿si será un espia?

EL MARQUES. (*Bajo á Margarita.*) ¿Y la señora?

MARGARITA. (*Idem.*) No trateis de verla... os lo suplico?

JOAQUIN. (*Aparte.*) Ya le anda suplicando.

EL MARQUES. ¿Pero está aquí?

MARGARITA. ¡No señor! acaba de salir y volverá tarde... estará fuera todo el dia.

ESCENA VII.

LOS MISMOS Y LA SEÑORA COURTOIS *saliendo por la izquierda.*

SRA. COURTOIS. Aquí tienes la carta, Margarita.

El Marques. ¡Ciudadana, tengo el honor!...

Sra. Courtois. ¡Cielos!

Joaquin. (*Aparte.*) ¡La misma enfermedad que mi tia! Estremecimientos.

El Marques. Os habeis sorprendido... y sin embargo, debiérais esperar mi visita.

Sra. Courtois. Es cierto... señor... ciu... ciudadano... pero es decir... que vuestra presencia me con... me conmueve, y...

Joaquin. Tartamudea, ni mas ni menos que mi tia.

Sra. Courtois. (*Bajo á Margarita.*) Haz salir á tu sobrino.

Margarita. (*A Joaquin.*) ¿Aun estás aquí? no te dije...

Joaquin. Entiendo... (*Bajo.*) ¿Es un espia el tal mocito eh?

Margarita. Retírate.

Joaquin. ¿Sí quereis que me vaya? pues en ese caso voy á hacer mi maleta porque no estoy seguro... ¡Pícaro corchete! (*Entra en la cocina.*)

ESCENA VIII.

LA SEÑORA COURTOIS, MARGARITA Y EL MARQUES.

El Marques. Al fin puedo hablaros sin peligro.

Sra. Courtois. ¡Si entrase mi marido!

Margarita. Yo espiaré su llegada. (*Se coloca en la puerta del fondo.*)

Sra. Courtois. Debeis conocer que vuestra venida ha sido una temeridad.

El Marques. Todo lo arrostraría por veros. Habreis olvidado la noche peligrosa, en que vuestro marido...

Sra. Courtois. De buena gana; pero buen cuidado tiene mi esposo de recordármela todos los dias... Siempre está en escena la dichosa sortija de que os apoderásteis bien á pesar mio... Pero yo quisiera que estuviéseis mil leguas de aquí...

El Marques. ¿Mil leguas nada mas?

Sra. Courtois. De un momento á otro pueden descubriros... delataros... ¿Qué pensais hacer en ese caso? ¿Cuáles son vuestros proyectos?

El Marques. Volver á Alemania con un pasaporte falso que me he procurado. Lo mas dificil es salir de Paris... Se necesita un pase de los municipales y no creo que esto le sea muy fácil de adquirir al Marques de Blancay.

Margarita. (*Aproximándose.*) ¡Eh! ¿qué habeis dicho?

El Marques. El Marques de Blancay.

Margarita. ¡Marques y Vizconde!

El Marques. He tenido la desgracia de perder á mi padre hace algunos meses, en la emigracion. Me ha dejado su título: cosa hoy dia mas peligrosa que útil.

Sra. Courtois. ¿Cómo nos valdríamos para obtener ese pase? mi marido es el único...

El Marques. ¿Creeis que se pueda?

Sra. Courtois. Es muy desconfiado, y jamás transige en lances patrióticos... pero como nunca os ha visto...

El Marques. Sí tal, vuestro marido me conoce.

Sra. Courtois. ¿Y permaneceis aquí?... Retiraos por piedad... Si llega á sorprenderos...

El Marques. Me importa poco.

Margarita. (*A la puerta.*) ¡M. Courtois!

Sra. Courtois. ¡Dios mio!... ¡salid al momento! por aquí; por esta puerta. (*Señala la primera puerta de la derecha.*)

El Marques. Nada, señora, estoy decidido á esperarle.

Margarita. Héle aquí.

Sra. Courtois. (*Cayendo sobre una silla.*) ¡Ah! ¡yo muero!

ESCENA IX.

LOS MISMOS Y COURTOIS.

Courtois. (*Entrando.*) ¡Bien venido sea el ciudadano! ¡Hombre sublime! Déjame estrechar tu mano entre las mias.

Sra. Courtois. ¡Qué oigo! (*Aparte.*) Estoy soñando ó despierta.

Margarita. (*Aparte.*) ¡Cosa mas particular!

Courtois. ¿Cómo has podido dar con mi casa?

El Marques. ¡Facilmente! (*Aparte.*) ¡Podia haberla olvidado desde aquella noche!

Courtois. ¡Te habré hecho esperar!... pero á nosotros los

municipales, no nos deja un momento de libertad la república.

El Marques. Con la amabilidad de esta ciudadana me ha parecido corta vuestra ausencia.

Courtois. ¡Mi muger!... ¡Eso me gusta! Cornelia, tengo el gusto de presentarse al ciudadano Scévola.

La Sra. Courtois y Margarita. (*Aparte.*) ¡Scévola!

Courtois. El orador mas sublime del universo.

El Marques. Semejante elogio, ciudadano...

Courtois. Es mezquino para lo que tú mereces... No he oido nunca á Demóstenes, porque era yo muy jóven; pero segun he oido estoy por decír que ese abogado no servia para descalzarte. Cornelia, debeis agradecerme mucho el habértele presentado. Hoy se discutia la mocion de Graco en el club, y el moderantismo iba triunfando cuando Scévola se lanza á la tribuna.

Sra. Courtois. (*Bajo al marques.*) ¡Vos caballero!...

El Marques. Me observaban, y para destruir sospechas...

Courtois. ¡Qué discurso!... sobre los abusos de los ricos y combatiendo la nobleza con un vigor! El pueblo ha teniado en este ciudadano un defensor admirable y elocuente.

Sra. Courtois. (*Bajo.*) ¡Estoy aturdida!

El Marques. (*Aparte.*) He dicho mas desatinos que palabras.

Courtois. (*Con viveza.*) Mis ideas estaban acordes con lo que decias. La mocion fue aprobada, y Scévola llevado en triunfo... Se ha dignado aceptar mi mesa, y en ello me ha dado un gran placer... Vamos, ¡Bruto! ¡Porcia! que nos sirvan la comida.

Margarita. Está bien.

Courtois. Ciudadano, para los patriotas como tú, todos los ofrecimientos son pocos... mi casa es tuya...

El Marques. Tanto favor me confunde.

Sra. Courtois. (*Aparte.*) Por ahora está seguro: despues sabe Dios!

ESCENA X.

COURTOIS, SU ESPOSA, EL MARQUES, MARGARITA *y* JOAQUIN.

(*Margarita* y *Joaquin traen una mesa cubierta.*)

MARGARITA. (*A Joaquin.*) Cualquiera diria que te temblaba la mano.

JOAQUIN. (*Viendo al Marques.*) ¡Hola! ¡aun está aquí el corchete! (*Hace vacilar la mesa.*)

MARGARITA. ¡Mira lo que haces! vas á tirarlo todo.

JOAQUIN. Las trazas son de comer aqui el alguacilillo.

COURTOIS. ¡Bruto, sillas; ligero!

JOAQUIN. ¡Aquí están! (*Pone las sillas y agita los dedos en el respaldo.*)

COURTOIS. ¿Qué tiene este bárbaro?

JOAQUIN. No hagais caso... son los nervios...

COURTOIS. Siéntate, mi querido Scévola.

JOAQUIN. (*Aparte.*) ¡Scévola!... malvado aunque no quiera.

COURTOIS. Siéntate al lado de la ciudadana. (*Se sientan.*)

JOAQUIN. (*Bajo á su tia.*) Tia, ya tengo listo el equipage... Ved aquí la alhaja del armario. (*Le enseña una sortija que lleva al dedo.*) ¡Si algo quereis á vuestro sobrino mandad!

MARGARITA. ¿Dónde vas?

JOAQUIN. Me escurro... interin el espía se atraca, tomo yo las de Villadiego... y para esto de correr ya estoy acreditado.

COURTOIS. ¿Pero qué es esto, Bruto, no nos sirves? ¡una silla!

JOAQUIN. ¡Voy corriendo! (*Va en busca de la silla, y se vuelve corriendo al lado de su tia.*) ¿Decid, no os parece que le encaje un puñado de tierra en los ojos para que no me siga?

MARGARITA. ¡Qué disparate!... Tú has creido que este caballero es un...

JOAQUIN. Esbirro, ribeteado de alguacil.

MARGARITA. Pues yo te digo que no.

JOAQUIN. Pues yo os digo que sí... y no me espero mas, me marcho.

MARGARITA. ¡Vaya un tonto! será preciso decirte que es el Marques de Blancay.

JOAQUIN. ¡Marques! (*Deja caer la silla.*)

COURTOIS. ¡Acabarás de hacer disparates, Bruto!

JOAQUIN. (*Recogiendo los palos.*) Yo la compondré; yo la compondré.

COURTOIS. ¡Detente á componerla, en vez de darme otra!

JOAQUIN. ¡Verdad es! esta disposicion es mas pronta. (*Aparte.*) Me gustan los republicanos porque nada les arredra y siempre echan por el atajo. (*Trae otra silla y la coloca entre el Marques y Courtois.*)

COURTOIS. (*Viendo la sortija de Joaquin.*) ¿Qué veo? ¡Será posible! (*Se levanta.*)

EL MARQUES. (*Aparte.*) ¡Mi sortija!

JOAQUIN. (*A Courtois.*) ¿Qué quereis?

COURTOIS. ¡Estate quieto!

SRA. COURTOIS. (*Bajo al Marques.*) ¿Qué tiene?

EL MARQUES. La sortija que yo perdí. (*Se levanta.*)

SRA. COURTOIS. En el dedo de Joaquin. (*Se levanta.*)

MARGARITA. ¿Dejan la mesa, qué será?

COURTOIS. (*Bajo al Marques.*) Scévola, amigo mio, estoy en el caso de descubrir un horrible misterio.

EL MARQUES. ¿Misterio político?

COURTOIS. Político y moral... Retírate un instante con mi muger, sin perderla de vista, estás? hasta que yo arranque á este hombre la llave del laberinto.

EL MARQUES. ¡Sea como gusteis!

SRA. COURTOIS. (*Aparte.*) ¡Qué idea!... ¿si yo pudiese?...

COURTOIS. (*Aparte.*) Contengamos la cólera... y ello dirá... voy á descubrirlo todo.

SRA. COURTOIS. Pues, señor, prudencia.

EL MARQUES. Callemos, una palabra sola pudiera tal vez descubrirlo todo.

JOAQUIN. (*Aparte.*) ¡Ellos se entenderán!... yo por mi parte no sé una jota de esa farsa... y esos secretitos...

SRA. COURTOIS. (*Bajo al Marques.*) Cuento con vos, para un proyecto!

EL MARQUES. ¡Corriente! Soy vuestro centinela de vista, por decreto especial.

(*El Marques, y la Sra. Courtois y Margarita entran por la izquierda.*)

ESCENA XI.

JOAQUIN Y COURTOIS.

COURTOIS. (*Aparte.*) ¡Quién habia de pensar que bajo esa facha sencilla y salvaje se ocultase un noble!

JOAQUIN. (*Aparte.*) ¡Parece que le ha gustado la sortijita!... Si la paga bien no hay inconveniente...

COURTOIS. ¡Infame! ¡ya estás en mi poder!

JOAQUIN. (*Aparte.*) ¡Qué ojos! ¡parece que le van á saltar!

COURTOIS. ¡Ah! tú me pagarás las raterías con mas los daños y perjuicios.

JOAQUIN. ¡Daños y perjuicios, señor!... ¡no me dejásteis componer la silla!

COURTOIS. No te hagas el tonto. Ya sabemos quien eres... estás descubierto.

JOAQUIN. (*Aparte.*) Tiemblo desde los pies á la coronilla.

COURTOIS. Ya hace tiempo que me chocaba tu necedad y por un presentimiento muy acertado, te llamé Bruto, nombre de aquel anciano que cubria sus travesuras con el manto de idiota.

JOAQUIN. Lo que yo debí haber ocultado era el vestido... ¡Diablo de casaquilla!

COURTOIS. Tu cobardia me regocija demasiado y saboreo con gusto tu miedo...

JOAQUIN. Piedad, señor, piedad... No destruyais la aurora de un joven...

COURTOIS. ¡Nada!... es preciso que espies tu criminal accion.

JOAQUIN. Pero, señor, si soy inocente como una tortolita... y la prueba está en haber huido del peligro.

COURTOIS. Sí, cobarde sí; huiste, pero despues de haber cometido el crímen.

JOAQUIN. No señor, antes.

COURTOIS. ¡Antes!

JOAQUIN. Palabra de honor, que no hice fuego.

COURTOIS. ¿Pues qué, tenias armas?

JOAQUIN. Y las arrojé con la mayor valentia.

COURTOIS. ¿Tenias el proyecto de asesinarme?

JOAQUIN. ¡Asesinaros!... ¿pues qué estabais allí entonces?...

COURTOIS. Ese proceder es muy digno de tu clase... porque ya sé en qué línea estás colocado.

JOAQUIN. Siempre en segunda... formábamos por tallas... todos buenos mozos!

COURTOIS. Y no te mueres de vergüenza, vil aristócrata!

JOAQUIN. ¡Aristócrata yo! señor... yo que adoro la libertad como nadie.

«Libertad, libertad sacrosanta,
Mi lucero tú siempre serás.»

A mí que la igualdad me vuelve loco, y mi carácter es todo pura fraternidad, á pesar de no tener un hermano siquiera. Llaman descamisados á los republicanos... entonces yo soy republicano por naturaleza... puesto que nací sin camisa.

COURTOIS. En vano pretendes engañarme.

JOAQUIN. ¿Quereis que pruebe mi patriotismo cantando la *Marsellesa?*

COURTOIS. Déjate de canciones, y responde. ¿Quién te ha dado la audacia de refugiarte en mi casa... junto á esa muger? ¿tal vez ella misma?

JOAQUIN. ¡No seais malicioso... es mi tia!

COURTOIS. ¡Oh! tu supuesta tia; tambien me dará una cuenta estrecha... ¿Pero, y la otra?

JOAQUIN. ¿Qué otra?

COURTOIS. ¡Es muy natural!... no tienes valor para acusarla... Antes de entregarte á la vindicta de las leyes... quiero saber hasta qué punto ha sido tú cómplice esa muger?

JOAQUIN. ¿Esa mugnr?... ¡y no es mi tia!

COURTOIS. Vas á esperarla aquí... tu suerte pende de la entrevista que tendrás con ella.

JOAQUIN. ¿Con la otra?... ¿con la que no es mi tia?... venga lo que venga, tengo curiosidad de conocerla.

COURTOIS. Yo estaré allí. (*Indica la primera puerta á la derecha del actor.*) Pero si se te escapa un jesto, una mirada que pueda prevenirla... te asesino...

JOAQUIN. (*Aparte.*) La cosa vá tomando interes; en cuanto á las miradas, con cerrar los ojos evito que se escapen, pero... (*Alto.*) Decidme únicamen...

COURTOIS. ¡Silencio! aquí la tienes... No olvides que te estoy mirando. (*Se vá por la primera puerta á la derecha, teniéndola entreabierta, durante la escena siguiente.*)

ESCENA XII.

JOAQUIN. LA SEÑORA COURTOIS. CURTOIS (*oculto*).

JOAQUIN. (*Aparte.*) Otra muger que no es mi tia, allá veremos lo que sale... (*Viendo á la Señora Courtois.*) ¡Bah! ¡bah! ¡es el ama!

SRA. COURTOIS. (*Aparte.*) Está escondido y escucha... aprovechemos la ocasion. (*Alto á Joaquin.*) ¿Estamos solos, señor Vizconde? (*Se acerca á Joaquin, volviendo la espalda á su marido.*)

JOAQUIN. (*Aparte.*) ¡Señor Vizconde! ¡Cómo voy subiendo!

COURTOIS. ¡Es un Vizconde!

SRA. COURTOIS. ¿Qué os ha dicho mi marido? ¿Está instruido ya? ¿sabe quién sois?

JOAQUIN. Me parece que sí, porque yo lo ignoro, y es fácil que los demas sepan quién soy mejor que yo.

SRA. COURTOIS. Podeis creer que siento mucho vuestra desgracia.

JOAQUIN. Lo aprecio en el alma.

SRA. COURTOIS. ¡Desgraciado!... ¿por qué me habreis tenido amor?

COURTOIS. ¡Quién! ¿yo amor?... ¿Con que yo os he tenido amor?

SRA. COURTOIS. Ya lo veis, á dónde os ha conducido esa loca pasion.

JOAQUIN. ¡Oh! ¡sí, muy loca!... Pero estais delirando señora; verdad es que me pareceis hermosa... y tal vez si me hubiese pasado por la imaginacion...

SRA. COURTOIS. ¡Cómo, caballero!... tendriais la esperanza de...

JOAQUIN. Es decir. (*Aparte.*) ¡El otro me está escuchando!... ¡ya se me olvidaba!

SRA. COURTOIS. Yo debiera tal vez haber avisado á mi marido entregándoos á su furor... Pero ya se vé... la piedad es una cosa tan natural en mi sexo...

JOAQUIN. Vuestro sexo, tiene cosas muy buenas... sobre todo, en ciertas ocasiones... como esta por ejemplo.

SRA. COURTOIS. Esa sortija que osais llevar delante de mi marido.

JOAQUIN. ¿M. Courtois la quiere?

SRA. COURTOIS. Está persuadido que os la he regalado.

JOAQUIN. ¡Qué disparate! si me la encontré en...

SRA. COURTOIS. Demasiado sé donde la encontrásteis.

JOAQUIN. ¡Hola! ¡con qué sabeis! (*Aparte.*) ¡La chismosa de mi tia!

SRA. COURTOIS. Será una imprudencia que la lleveis mas tiempo puesta.

JOAQUIN. Teneis razon; la meteré en él bolsillo...

SRA. COURTOIS. Dádmela y es mas seguro...

JOAQUIN. ¡Lo siento!... porque yo tenia en esa alhajita mi... (*La da la sortija.*)

SRA. COURTOIS. No temais... os daré en cambio la que me dejásteis hace poco...?

JOAQUIN. ¿Os dejé otra hace poco?... Podrá ser verdad... pero no me acuerdo.

SRA. COURTOIS. Mi marido no ha visto nada. ¿Conoce vuestro nombre?

JOAQUIN. ¿El de Joaquin!...

SRA. COURTOIS. No, el otro.

JOAQUIN. ¿Bruto?

SRA. COURTOIS. ¡No! el otro.

JOAQUIN. Tengo otro tercer nombre aun? pues no habia llegado á mi noticia...

COURTOIS. ¡Cómo disimula!... ¡Pero qué muger!... es la virtud matrimonial personificada.

SRA. COURTOIS. Me alegro que lo ignore mi marido... tal vez podamos! Pero á qué fin escribirme un billete.

COURTOIS. ¡Un billete!

SRA. COURTOIS. ¿Y sobre todo, á qué conducia sellarle.

JOAQUIN. ¡Un billete! ¡eh! ¿con que yo he escrito un billete? ¿y qué forma de letra uso, inglesa ó gallarda?

COURTOIS. (*Saliendo de su escondite.*) Es preciso salir... (*Se adelanta poco á poco.*)

SRA. COURTOIS. No he podido quemarle ni romperle... (*Viendo á su marido.*) Ya se acerca. (*Alto.*) Tomadle pronto, porque si viniese mi marido...

JOAQUIN. Pero, señora, si yo no he ido nunca á la escuela...

SRA. COURTOIS. ¡Tomad!

JOAQUIN. (*Alargando la mano.*) Vaya, dádmele.

COURTOIS. (*Se acerca y toma el billete.*) ¡Ya es tarde!

SRA. COURTOIS. (*Fingiendo sorpresa.*) ¡Ah! ¿estábais aquí?

COURTOIS. Sí, Cornelia... todo lo he oido!

SRA. COURTOIS. ¡Ah! ¿de veras? (*Aparte.*) Eso es lo que yo queria.

COURTOIS. (*Abriendo el billete.*) Esta carta me esplicará (*Lee.*) «Señora, es una crueldad que eviteis de ese modo las ocasiones de vernos. Oidme, por piedad, un instantante siquiera, ó no respondo de mi prudencia.» (*Hablando.*) Dime, vil seductor... ¿negarás tu letra?

JOAQUIN. ¿Es esa mi letra?... Pues no es muy mala para no haber aprendido.

COURTOIS. Veamos la firma. (*Mira la carta.*) ¡Dios mio! ¿qué leo!

JOAQUIN. ¿Qué mas dice mi carta?

COURTOIS. (*Leyendo.*) «Vizconde de Blancay.»

JOAQUIN. A ver... serán estos garabatitos...

COURTOIS. ¡Fatal revelacion!... ¿Sois el Vizconde de Blancay?

JOAQUIN. ¿Soy el Vizconde de Blancay?

COURTOIS. ¡Hijo del Marqnes de Blancay!

JOAQUIN. ¿Hijo del Marques? (*Aparte.*) ¡Ya! de ese joven que estaba aquí hace poco... pues está bien cuidado mi padre.

COURTOIS. No tengo duda... es vuestro padre.

JOAQUIN. (*Aparte.*) ¡Hé aquí descubierto mi nacimiento! con buena jente se trataba mi madre!

COURTOIS. El Marques me habló muchas veces de su hijo el Vizconde.

JOAQUIN. Os voy á hacer una pregunta estraña seguramente: pero llena de interes. ¿Qué edad echais á mi padre?

COURTOIS. Debe tener siete ú ocho años mas que yo; yo tengo 53.

JOAQUIN. Con que son 60... Pues no representa la mitad.

COURTOIS. Podeis dar gracias al nombre que llevais...

SRA. COURTOIS. (*Aparte.*) ¿Que querrá decir?

COURTOIS. Jamás olvidaré que vuestro padre me tendió la mano en una crisis demasiado funesta.

SRA. COURTOIS. (*Aparte.*) Ya entiendo.

JOAQUIN. (*Aparte.*) Por eso le habrá convidado á comer.

COURTOIS. Me hallaba con un pie en el abismo, y me sacó de él.

JOAQUIN. ¿Sí? dificil seria eso porque debe pesar mucho semejante dromedario. (*Aparte.*)

COURTOIS. La gratitud ahoga mis resentimientos. Yo debo el honor al padre, justo es que el hijo me deba la vida.

JOAQUIN. Gracias.

SRA. COURTOIS. (*Aparte.*) Va saliendo á pedir de boca.

JOAQUIN. Hace dos minutos no daba por mi vida un cuarto... ahora ya es otra cosa.

COURTOIS. Debeis dejar la Francia inmediatamente: voy á estenderos un pase para salir de aquí. (*Se pone á escribir.*)

SRA. COURTOIS. (*Aparte.*) ¡Un pase! Esto es justamente lo que nos faltaba.

COURTOIS. Despues iré al comité de salvacion pública á buscaros un pasaporte para la frontera. (*Se levanta.*) Pero habeis de jurar por lo que os sea mas sagrado, no pisar nunca el suelo frances.

JOAQUIN. ¡Lo juro por la edad de mi padre! Estais satisfecho?

COURTOIS. Aqui teneis el pase. (*Se le dá.*)

JOAQUIN. Mil gracias. Una cosa sola me aburre y es el traje... He sido muy desgraciado con esta casaquilla, y sobre todo está ya bastante raida. Si fuéseis tan jeneroso que añadiéseis á vuestros favores... algunas prendas.

COURTOIS. Os parece demasiado sencillo ese vestido... (*Aparte.*) Esta jente solo piensa en brillar. (*Alto.*) Podeis elejir entre mi ropa la que mas os agrade...

JOAQUIN. En cuanto á los calzones... pueden pasar; con un sombrero y una levita estoy corriente.

COURTOIS. Sea como gusteis. (*Pasando junto á su muger.*) Cornelia, ya veis mi moderacion.

SRA. COURTOIS. Estoy confundida.

COURTOIS. Cuidad los dos que este secreto quede entre los tres. Ni una palabra delante de Scévola. Si Scévola sospechase!

JOAQUIN. Quereis que ignore lo que haceis por mí... Es una delicadeza estremada. (*Aparte.*) Secretos entre un padre y un hijo! ¡qué crueldad!

ESCENA XIII.

LOS MSIMOS. MARGARITA *y despues* EL MARQUES.

MARGARITA. (*A la puerta de la izquierda.*) ¿Se puede entrar?

COURTOIS. ¿Eres tú, Porcia? Dile al ciudadano Scévola que le esperamos.

JOAQUIN. (*Aparte.*) ¡Vá á venir mi padre! ¡Qué gusto!

EL MARQUES. (*Entrando seguido de Margarita.*) Sentiría estorbaros... si mi presencia...

COURTOIS. Al contrario, mi querido Scévola.

SRA. COURTOIS. Disimulad que os hayamos abandonado tanto tiempo.

COURTOIS. Cierto: Pero entre amigos... Porque yo te considero como un buen amigo.

EL MARQUES. Y no te engañas.

JOAQUIN. (*Ecsaminando al Marques.*) ¡Hermoso viejo!... ¡cómo se conserva!... ¡Ya se vé, se cuidan tanto estas gentes!

COURTOIS. Daba ciertas instrucciones á Bruto que se ha de marchar...

MARGARITA. (*Acercándose á Joaquin.*) ¿Dónde vas, Joaquin?

JOAQUIN. ¡Menos familiaridades, mugerzuela!

MARGARITA. ¡Mugerzuela!

COURTOIS. Voy á buscarle un pasaporte. (*Bajo al Marques.*) No te separes de aqui hasta que yo vuelva... ¿Me lo prometes?

EL MARQUES. Sí.

JOAQUIN. (*Aparte.*) Antes de marchar le pediré su bendicion.

COURTOIS. (*Al Marques.*) Sí, amigo, interesa que te quedes aqui, tu presencia y tu prudencia me son muy necesarias.

EL MARQUES. Pues bien, me quedaré... Creo, (y basta que tú lo digas) que mi presencia y mi prudencia te son muy necesarias.

SRA. COURTOIS. (*Aparte.*) La casualidad va colmando nuestros votos...

JOAQUIN. (*Aparte.*) No dejaré yo esta casa sin dar un tierno adios á mi padre. (*Joaquin sale por la derecha y Courtois por el fondo.*)

ESCENA XIV.

EL MARQUES *y* LA SEÑORA COURTOIS.

El Marques. ¿Qué es esto? Señora, ¿quereis decirme á qué altura nos hallamos?

Sra. Courtois. Todo va bien.

El Marques. Pero es necesario un valor inaudito, para trabajar en separarse de vos... Dejad ya de mostraros severa conmigo, puesto que os voy á abandonar para siempre...

Sra. Courtois. Sí, quiero dejaros un recuerdo grato.

El Marques. ¡Ah! ¡qué dicha! cedeis á mis caricias.

Sra. Courtois. ¡De ningun modo! Es tan facil borrar de la memoria lo que se ha recibido, como dificil de olvidar lo que no se ha podido conseguir.

El Marques. Yo me acordaria mejor de lo recibido. (*La besa la mano.*) Es preciso no ser exigente...

ESCENA XV.

LOS MISMOS *y* JOAQUIN *con otro trage.*

Joaquin. (*Viendo la accion del Marques.*) ¡Hola! he vuelto demasiado pronto.

El Marques. ¿Quién va?

Joaquin. No hay cuidado, soy yo... y me vuelvo por donde he venido... El onceno...

El Marques. Quédate tengo que hablarte.

Sra. Courtois. Yo me retiro. (*Sale por la izquierda.*)

Joaquin. (*Aparte.*) Parece que mi padre es un bravo veterano de Cupido... Cerremos los ojos á sus travesuras.

El Marques. (*Aparte.*) No sé por donde entrar.

Joaquin. (*Aparte.*) Ahora que estamos solos, tengo unas ganas de echarme en sus brazos...

El Marques. ¡Oyes, muchacho!

Joaquin. (*Aparte.*) ¡Muchacho! ¡qué buen padre!

El Marques. Necesito de tí... ¡Puedes prestarme un gran servicio!

JOAQUIN. ¡Pues me alegro!... Es cosa de cepillaros el gorro, traeros tabaco...

EL MARQUES. Nada de eso, se trata de un secreto que las circunstancias me obligan á confiarte.

JOAQUIN. ¡Un secreto! No os molesteis... estoy al corriente de todo!

EL MARQUES. ¡Tú!... ¿me conoces tú?

JOAQUIN. ¡Que si os conozco! como la madre que os... (*Aparte.*) mi abuela, que de Dios goce... si se murió... Os he conocido demasiado tarde, pero yo resarciré el tiempo perdido, y mi obediencia, mi respeto, mi veneracion...

EL MARQUES. Te dispenso de todo.

JOAQUIN. Sí, pero la naturaleza... El *tipi tape* que siento ahora en mi corazon, no se puede dispensar de daros un título...

EL MARQUES. (*Con viveza.*) Nada de títulos... llámame Scévola solamente.

JOAQUIN. ¿Scévola á secas?... Permitidme al menos llamaros padre Scévola.

EL MARQUES. ¡Padre Scévola! (*Aparte.*) Su cabeza está trastornada... Es decir que puedo contar contigo... ¿No me harás traicion?

JOAQUIN. ¿Haceros traicion?... ¿Soy acaso algun monstruo? ¡un parricidio!

EL MARQUES. Sabe que estoy condenado... y que en esta casa tengo mucho que temer.

JOAQUIN. ¿Qué decis?... ¿El amo tal vez?...

EL MARQUES. No me espanta el peligro, pero es tan triste morir á los veinte y ocho años.

JOAQUIN. ¡Veinte y ocho años!

EL MARQUES. ¡Esa es mi edad!

JOAQUIN. (*Aparte.*) ¡Cómo abusan los viejos! ¡veinte y ocho años!... ¡en cada pata!...

EL MARQUES. Mr. Courtois te ha firmado un pase, dámele... y todo el oro que tengo disponible...

JOAQUIN. ¡El oro!... ¡Me ofreceis oro!... ¡Ah!... padre Scévola... os habeis apeado por la cola.

EL MARQUES. ¿Rehusas?... ¿qué quieres pues, pide?

JOAQUIN. ¿No adivinais lo que exijo? ¿No os dice el corazon lo que yo quiero en pago de ese papel?... llevad la mano á vuestre pecho!... aquí, hácia la izquierda... debajo del chaleco.

El Marques. Vaya, esplícate si quieres que nos entendamos.

Joaquin. ¿Será preciso que yo lo diga?

El Marques. Sin duda.

Joaquin. Quiero un abrazo.

El Marques. ¡Un abrazo!

Joaquin. Sí, un abrazo fuerte, sin miedo, y todo el oro está demas para mí.

El Marques. (*Aparte.*) ¡Es original! (*Alto.*) Si eso te satisface, sea. (*Le abraza.*) ¿Estás contento?

Joaquin. Apretad mas. (*Se abrazan.*)

El Marques. (*Aparte.*) ¡Paciencia!

Joaquin. Hé aqui el pase.

El Marques. (*Leyendo.*) «Joaquin, soldado de policia.» ¿Qué es esto?

Joaquin. Mi hoja de servicios... perdonad... Veis á lo que he estado reducido; á servir en las rondas... bajo el nombre vulgar de Joaquin... ¡Qué deshonra para la familia!

El Marques. Toma este papel que de nada me sirve.

Joaquin. Guardadle en vuestro archivo, como un monumento, aunque innoble, de mi vida. Aqui teneis el otro.

El Marques. (*Tomándole.*) Amigo, siempre me acordaré que os debo la vida.

Joaquin. No tal, no me debeis nada... vida por vida... estamos en paz. Aun si fuese necesaria mi cabeza por la vuestra... esta accion embelleceria mi historia.

El Marques. Adios, los momentos son preciosos.

Joaquin. ¿Os vais?... Y en esta solemne ocasion rehusais darme!...

El Marques. ¡Lo que tú quieras!... pide.

Joaquin. Vuestra bendicion. (*Se arrodilla.*) Bendecidme, padre mio.

El Marques. (*Aparte.*) Está demente. (*Alto.*) ¡Llévete el diablo!

ESCENA XVI.

LOS MISMOS, LA SEÑORA COURTOIS, MARGARITA.

Sra. Courtois. (*Entrando precipitadamente.*) Señor Marques, no perdais tiempo... Yo no sé lo que pasa en la calle, pero hay una agitacion...

MARGARITA. Muchos grupos.

EL MARQUES. No tengais cuidado... Ya puedo echar bravatas... Joaquin ha consentido...

SRA. COURTOIS. ¿De veras?

EL MARQUES. Mostrándome una generosidad digna de...

JOAQUIN. De la sangre que corre por mis venas.

SRA. COURTOIS. (*Aproximándose á Joaquin.*) ¡Ah Joaquin, eres un escelente joven.

JOAQUIN. (*Aparte.*) ¡Ya me tutea!

SRA. COURTOIS. (*Al Marques.*) Salid al momento, antes que vuelva mi marido.

EL MARQUES. Sí, me marcho; pero mi pensamiento quedará siempre aqui... Adios, señora. (*Se emboza.—Besa la mano de la señora Courtois.*) (*Vase.*)

JOAQUIN. No dejeis de escribirnos.

ESCENA XVII.

LOS MISMOS. *Despues* COURTOIS *y* EL MARQUES.

JOAQUIN. (*Limpiándose los ojos.*) Mis ojos están hinchados, y mi pañuelo desteñido... ¡qué tristeza!

SRA. COURTOIS. ¡Al fin se ha marchado!

JOAQUIN. (*Aparte.*) ¡He salvado á mi padre!

COURTOIS. (*Dentro.*) No, no quiero... no te vas.

SRA. COURTOIS. ¡Qué oigo!

MARGARITA. Mr. Courtois.

COURTOIS. (*Haciendo entrar al Marques.*) Entra, ciudadano, entra.

EL MARQUES. Sea, puesto que te empeñas.

SRA. COURTOIS. ¡Gran Dios! ¡otra vez!

JOAQUIN. (*Aparte.*) Mi padre.

COURTOIS. ¿Dónde diablos ibas tan pronto y tan embozado? Quedamos en que me esperarias...

EL MARQUES. Verdad es, pero un negocio...

COURTOIS. Me lo habias prometido... (*Mirando á su muger y á Joaquin.*) Afortunadamente tu ausencia no ha sido larga...

MARGARITA. (*Mirando por la ventana.*) Ciudadano, ciudadano... la muchedumbre se agolpa á la puerta, el comisario del distrito entra en casa con gente armada.

TODOS. ¡Gente armada!

MARGARITA. (*Escuchando.*) Suben la escalera.

COURTOIS. (*Aproximándose á Joaquin.*) Ya no es tiempo de huir, desgraciado, vienen á prenderte.

JOAQUIN. ¿A mí?

COURTOIS. Me has comprometido delante de Scévola. (*Suena rumor cercano.*)

JOAQUIN. (*Aparte.*) Ya llega el fin de mi precipitada carrera.

SRA. COURTOIS. (*Bajo al Marques.*) ¡Todo se ha perdido!

EL MARQUES. Quien sabe, valor...

ESCENA ULTIMA.

LOS MISNOS, EL COMISARIO, PUEBLO.

EL COMISARIO. ¿Es esta la casa del ciudadano Courtois?

COURTOIS. Sí, ciudadano. (*Aparte.*) Estaré amarillo como el azufre.

EL COMISARIO. (*Señalando á Joaquin.*) Creo haber encontrado el hombre que buscábamos. ¿Quien eres, ciudadano?

JOAQUIN. (*Aparte.*) Esto se va poniendo feo.

EL COMISARIO. ¿Quién eres? responde.

JOAQUIN. Soy... soy... (*Bajo al Marques.*) Padre, dadme el pase... y lo presento á muerte ó á vida.

EL MARQUES. Tómale.

SRA. COURTOIS. ¿Qué haceis?

EL MARQUES. Nada.

JOAQUIN. (*Dándole el papel al comisario.*) Leed, ciudadano.

EL COMISARIO. (*Que ha leido.*) No me engaño, ¡es él!... Joaquin, ex-guardia de seguridad pública.

JOAQUIN. (*Aparte.*) ¡Mi hoja de servicios! ¡estoy perdido!

COURTOIS. (*Admirado.*) ¿Cómo? ¡Joaquin!

JOAQUIN. (*Aparte.*) ¡Mi padre me ha vendido! ¡Ah! ¡viejo desnaturalizado!

EL COMISARIO. Ciudadano, hace mucho tiempo que te buscábamos.

JOAQUIN. De veras... pues yo no tenia prisa de que me hallaseis.

EL COMISARIO. La nacion tenia la vista fija en tí... Tu conducta es conocida. Interin tus camaradas hacian resistencia, tú arrojaste el fusil...

JOAQUIN. (*A Courtois.*) ¿Lo ois?... no hice fuego.

COURTOIS. Cada vez lo entiendo menos.

EL COMISARIO. En virtud de lo cual, la república te concede una pension de mil libras.

JOAQUIN. Mil libras!...

EL COMISARIO. Y te nombra...

JOAQUIN. (*Aparte.*) ¡Otro bautizo!

EL COMISARIO. Te nombra por unanimidad conserje del ayuntamiento.

JOAQUIN. (*Aparte.*) Vaya, no soy el primero á quien ascienden por una retirada.

EL COMISARIO. Ciudadano, ¿admites el puesto que te se ha confiado?

JOAQUIN. Quisiera reflexionar un momento... Está decidido... admito. (*Aparte*). Mas adelante haré uso de mi nombre y mi grandeza. (*Bajo al Marques.*) Papa, guardad el pase, y no tengais miedo... yo os protejo la retirada.

COURTOIS. (*Bajo á Joaquin.*) No te descuides en salir de Paris.

JOAQUIN. ¡Qué disparate! ¡salir un portero!... si fuera no dejar entrar...

COURTOIS. (*Al Marques.*) ¡Marchar pronto!

(*Entre la confusion del pueblo que rodea á Joaquin y le llevan en triunfo se escapa el Marques por la derecha.*

EL COMISARIO. Ciudadano virtuoso, orgullo del pais que tiene la honra de llamarte hijo suyo, al ayuntamiento.

TODOS. ¡Al ayuntamiento!...

FIN DE LA COMEDIA.

619:16

EL ANILLO DEL REY.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. Antonio Hurtado, y Valdivielso 1825-1872

MADRID.
Imprenta que fué de **Operarios**, à cargo de D. F. R. del Castillo,
calle del Factor, número 9.

1852.

PERSONAJES.	ACTORES.
D. FERNANDO.	Sr. D. Joaquin Arjona.
D. CESAR.	Sr. D. Manuel Osorio.
D.ª BEATRIZ.	Sra. D.ª Teodora Lamadrid.
D.ª INES.	Sra. D.ª Concepcion Ruiz.
ANA. (*criada.*)	Sra. D.ª Maria Rodriguez.

Pasa la escena del primer acto en una quinta de las inmediaciones de Sevilla: la de los restantes en dicha ciudad.

SIGLO XVII.

Esta comedia es propiedad del Sr. Gullon, como dueño de la Galería titulada El Teatro.

Al Sr. D. Joaquin Arjona.

Estimado amigo: no tengo otra cosa con que poder dar á V. una prueba de mi afecto, que el Drama siguiente, cuyo éxito mas es debido al talento con que los actores que en él han tomado parte lo han sabido interpretar, que á su importancia literaria, si es que tiene alguna.

Quisiera que fuera digno de V.; pero tal como es se lo dedico, y me complazco en darle esta prueba insignificante del cariño que le profesa su amigo,

A. Hurtado.

ACTO PRIMERO.

Sala adornada sencillamente: á la derecha en primer término, una puerta: en segundo un mirador: á la izquierda puertas que conducen á las habitaciones interiores. Puerta al fondo.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA INES, *y* ANA, *haciendo labor.*

INES. Ana, qué vida pasamos!
ANA. Mejor la pasa una mora;
que en esta quinta, señora,
mas que guardadas estamos.
Siempre en este camarin,
siempre estas mismas labores,
y siempre las mismas flores,
y siempre el mismo jardin.
Malo es un convento, pero
prefiriéralo yo á fé,
que al fin el mundo se vé,
aunque por un agujero.
Cuenten su dicha sin tasa
las monjas, que todo el dia
están tras la celosía
viendo al que por bajo pasa.
INES. Quién disfrutára tal bien!...

ANA. Ellas, á decir verdad,
no gozan de libertad,
pero, al fin y al cabo, ven.
Y nosotras, qué tenemos
aquí? qué bien disfrutamos?
ni de libertad gozamos,
ni mas que pájaros vemos.
Mal haya quien á las dos
nos trajo, señora, aquí!

INES. Ay, Ana! no hables así!

ANA. Pues no es lástima que vos
que sois una maravilla
de encantos, jóven y amada,
esteis viviendo encerrada
y á la vista de Sevilla?
Que, para mas padecer,
esta desdicha nos toca,
tener el agua á la boca
y no poderla beber.

INES. Dices bien; que si no viera
sus torres, el mal que siento,
por mas que fuera violento,
quizá tan duro no fuera.
Que acaso tuvo razon
quien dijo por mal ó bien;
«Lo que los ojos no ven,
no lo siente el corazon.»
Mas cómo querrán que aquí
borre mi amante deseo,
si á Sevilla enfrente veo,
y D. César vive en mí?
Dos meses há que salimos
de casa! Dos meses há!...

ANA. Decid mas bien que hace ya
dos siglos que no vivimos.
Oh! para tanto rigor
ser monjas mas nos valiera,
y acaso mejor nos fuera...
Bah!... si nos fuera mejor!
Hay vida mas singular
que la nuestra!

INES. Basta, Ana.

ANA. Despertamos de mañana,
nos vestimos, y á almorzar:
vos á bordar, yo á coser,
yo á rabiar, vos á gemir;
si esto, señora, es vivir,
que lo venga Dios á ver.
Vuestra hermana con la aurora
se levanta: D. Fernando,
que en ella se está mirando,
despierta á la misma hora:
y en gozosa compañía
por cuidar de aves y flores,
van los dos con mil amores
á ver apuntar el dia.
Suben del jardin, y apenas
descansan y almuerzan, cuando
torna á caza D. Fernando,
y vuestra hermana á sus penas.

INES. Penas mi hermana, Beatriz?

ANA. Sí, señora.

INES. El lábio cierra!
Pues hay acaso en la tierra
una mujer mas feliz!
Que mal la puede aquejar?
No goza salud colmada?
No es jóven, bella y amada?
qué mas puede desear!
Quién nació con tal estrella!
No la adora D. Fernando
que en ella se está mirando
y deleitándose en ella?
Pues qué cosa habrá mejor
para vivir sin dolores,
que un jardin con muchas flores,
y un marido con amor?

ANA. Eso y mas, doña Beatriz
disfruta, razon teneis;
mas, asi como la veis,
presumo que no es feliz.
Y si no, escuchadme atenta;
en dos meses de agonía
que llevamos, pasó un dia

que la hayais visto contenta?
Por mas que su esposo amante
la contemple enamorado,
habeis visto despejado
sola una vez su semblante?
Cuando está sola, suspira,
y habla entre dientes y llora;
y cuando canto, señora,
me manda callar con ira;
siempre altiva y enojada,
si la hablamos, no responde:
si la buscamos, se esconde:
nada la divierte, nada.
D. Fernando, con razon,
tampoco está satisfecho,
porque siempre vé en su pecho
de luto su corazon.
Nada habeis de esto observado?

INES. No... y á fé que me sorprende!

ANA. Pues quien repara, comprende.
Yo todo lo he reparado.

INES. Cosas me has contado, Ana,
pasmosas! Con que Beatriz,
juzgas tú que no es feliz?
con que no es feliz mi hermana?
Pues qué cosa podrá haber
que tanto asi la atormente?

ANA. Una encuentro solamente,
que es amada, y es mujer.

INES. Necia estás!

ANA. Ay doña Inés!
que no sabeis...

INES. Basta, Ana:
No es caprichosa mi hermana.

ANA. Pero...

INES. Calla!

ANA. Callo pues.
Y volviendo á nuestro tema,
torno á decir, que esta vida
es por demas aburrida,
que tal clausura es estrema;
que es un tormento sin fin

hacer siempre estas labores,
ver siempre estas mismas flores,
y siempre el mismo jardin.
Reniego de nuestra estrella!
pues nunca, por lo que vemos,
á Sevilla tornaremos.

INES. Ay, Ana! no me hables de ella!
harto mis ojos la ven.

ANA. Que no hable yo de la gloria?

INES. Harto asaltan mi memoria
aquellas horas de bien!
horas desapercibidas
entre dulce amor pasadas,
con tanto afan anheladas
y hoy para mí mal perdidas!

ANA. Pues qué cosa habrá mejor
para hallar consuelo y calma,
que estar divirtiendo el alma
con los recuerdos de amor?

INES. Nunca alivio ha conseguido
con recuerdos mi penar,
que siempre aumenta el pesar
la idea del bien perdido.
Mas calla, que pasos siento...
mi hermana será...

ANA. (*Mirando hácia fuera.*) Ella es;
ya seguiremos despues
con este entretenimiento.

ESCENA II.

DICHAS, *y* DOÑA BEATRIZ, *con semblante triste.*

BEATRIZ. Ana.

ANA. Señora.

BEATRIZ. Sal fuera,
y mira si D. Fernando
de tu ayuda necesita,
pues pienso que ya en el patio
los caballos le aderezan. (*Váse Ana.*)

ESCENA III.

DOÑA INES *y* DOÑA BEATRIZ.

BEATRIZ. (Vaya una vida que arrastro!)
(*Se sienta al estremo opuesto de su hernana.*)
INES. Va de caza? (*Sigue bordando.*)
BEATRIZ. Como siempre.
INES. Cómo le divierte el campo!
BEATRIZ. Mucho, el campo es tan alegre!
se goza en él tanto... tanto!
INES. Es verdad, mucho se goza!...
(Mal haya quien á él me trajo!)
BEATRIZ. Es tan divertido ver (*Con ironía.*)
apuntar el primer rayo
de la luz dorando el monte
y dando color al llano!...
Es tan divertido oir
las salvas que hacen los pájaros,
al ver teñido de rosas
el horizonte, que en vano
los ojos y los oidos
buscáran á su regalo,
ni acentos mas placenteros,
ni colores mas galanos.
INES. Bien lo pintas.
BEATRIZ. Cómo no,
si ayer hizo ya tres años
que otros goces no disfruto,
que otra fortuna no alcanzo?
Pues qué es ir, por las mañanas,
la verde yerba pisando,
y haciendo saltar aljofar
de sus hojas? Hay acaso
cosa mas entretenida
que ver cual surcan los patos
los cristales del estanque
su blanca espuma afrentando?
A tí no te gustará

esta vida... y no es estraño,
que en Sevilla hay otros goces;
pero qué valen al lado
de los que aquí se disfrutan?
No es verdad, Inés? pasamos
aquí... los dias... felices!

INES. Es tan divertido el campo!...

BEATRIZ. Mucho! el campo es tan alegre!
se goza en él tanto... tanto! *(Rompe á llorar.)*

INES. Beatriz, hermana, tú lloras!
(Sobresaltada acude á su lado

BEATRIZ. Sí lloro... por qué negarlo?

INES. Con que es cierto cuanto Ana
me dijo? Qué estás penando,
y...

BEATRIZ. Mintió, si tal te dijo. *(Reponiéndose.)*

INES. Entonces... por qué ese llanto?

BEATRIZ. Lloro... de felicidad,
de alegria... Qué has pensado?

INES. Pensé que eras infeliz.

BEATRIZ. Hiciste mal en pensarlo.
Infeliz yo? qué locura! *(Sonriendo.)*
No me adora D. Fernando?
no me da cuanto deseo?
y yo... yo tambien le amo!
Qué mas puedo apetecer?
él me adora y yo le pago.
No es digno de mi cariño?
no le he entregado mi mano
por voluntad?... Pues entonces
á qué pensar?...

INES. Sin embargo,
ora, Beatriz, en tu rostro
señales de pesar hallo.

BEATRIZ. Pues mienten esas señales.

INES. Siempre de llorar los párpados
tienes rojos.

BEATRIZ. Quién te ha dicho?...

INES. Ana, que ella lo ha observado.

BEATRIZ. Por Dios, que es impertinente *(Con enojo.)*
la tal Ana! Desde cuándo
ha podido ella creer

que con pesares combato?
Soy feliz.

INES. Serás feliz,
pero...

BEATRIZ. No debes dudarlo,
Inés.

INES. Pues lo dudo mucho.

BEATRIZ. Pero en qué te fundas?

INES. Harto
lo han dicho, Beatriz, tus quejas.

BEATRIZ. Inés, yo no me he quejado.

INES. Del campo te querellabas
cuando ensalzabas del campo
la vida.

BEATRIZ. Pues te engañaste.

INES. Ay, Beatriz! no, no me engaño;
que cuando el alma se aqueja
como la tuya, es en vano
pretender que el sentimiento
haga espresar lo contrario
de lo que en el pecho pasa;
pues por mas que finja, al cabo
al impulso del dolor
el pecho se hace pedazos,
y á decir vienen los ojos
lo que no dicen los labios.
Quieres que no te comprenda,
cuando lo que pasas, paso;
cuando tengo el corazon,
como el tuyo, quebrantado?
Te cansa la soledad,
esta vida sin encantos
te da enojos... cómo á mí!

BEATRIZ. Cesa, Inés; que estás hablando?

INES. Vas á decirme otra vez
que no hay placeres mas gratos
que los que ofrecen las flores,
las aves, el monte, el llano?
No dudo que es divertido
ver como surcan los patos
las claras ondas del rio
su blanca espuma afrentando:

pero, qué quieres? me mata
esta vida; y no es estraño,
que en Sevilla hay otros goces...

BEATRIZ. Pero qué valen al lado
de los que aquí se disfrutan? (*Con intencion.*)
no es verdad?

INES. Cierto; pasamos
aquí los dias felices.

BEATRIZ. Es tan divertido el campo!

INES. Mucho! el campo es tan alegre!
se goza en él tanto... tanto! (*Rompe á llorar.*)

BEATRZ. Inés... tú tambien! Silencio!
silencio, que oigo sus pasos!
Fernando llega... Por Dios,
que no sepa que he llorado.

ESCENA IV.

DICHAS, D. FERNANDO, *en traje de caza.*

FERN. Al cabo te encuentro aquí!

BEATRIZ. Te vas?

FERN. Es afan que tengo;
nunca á ausentarme me avengo
sin despedirme de tí.
Hola! Aquí tambien Inés?
Que me place, vive Dios,
veros juntas á las dos!
Y que ya os ví, parto, pues.

BEATRIZ. Que vuelvas pronto deseo.

FERN. Cree que nunca mi cuidado
descansa, hasta que á tu lado
amada, Beatriz, me veo.
Por qué no quieres venir
á caza conmigo un dia?
Tal vez tu melancolía
consiguieras divertir,
aunque fuera un solo instante;
mas nunca mi ruego oiste.

BEATRIZ. Pero si yo no estoy triste!

FERN. No lo dice tu semblante?

Y si no dígalo Inés,
que tambien lo habrá notado.

INES. Sin duda vuestro cuidado
os engaña.

BEATRIZ. Ya lo vés!
Has dado en esa manía!

FERN. Cómo en tus ojos me veo,
que tienes pesares creo
cuando están sin alegria.

BEATRIZ. Quién puede ofenderme aquí?

FERN. Quién á tanto se atreviera? (*Exaltado.*)
quién ofenderte pudiera
que no me ofendiera á mí?
Ofender?... qué es ofender?
á quien solo lo pensára,
vive Dios, que lo matára!
Oh!... me exalto sin querer! (*Reponiéndose.*)
Pero por qué, Beatriz mia,
conmigo á caza no vienes?
acaso alazan no tienes
que humilde se dejaria
regir por tu blanda mano?
no hay un potro cordobés
manso y dócil para Inés?
Pero, bah!... me canso en vano!
Si una vez, sola una vez
conmigo al campo vinieras,
pienso que te divirtieras.

BEATRIZ. Lo creo, pero...

FERN. Perdiez!...
Qué es ver la garza real,
que envuelta en manto de espuma,
rompe al desplegar la pluma
del rio el claro cristal,
y alzándose en loco anhelo
como una flecha silbando
va los aires escalando
hasta tocar en el cielo?
Y que es ver luego al halcon,
libre de su ligadura,
avanzarse con bravura
á la azulada region,

y de la garza la huella
seguir tenaz y atrevido,
y oir el agrio chillido
que lanza al posarse en ella?
Y qué es verlos pelear?
no lo puedo describir!
si gusta verlos subir,
mas gusta verlos bajar.—
Pues y en el monte? En el monte,
el placer es variado!
Qué es ver pintarse el venado
al través del horizonte!
Oh! si lo vieras, Beatriz,
su alta corona ostentando,
ávido el aire aspirando
levantada la nariz
para olfatear los perros,
que con gritos desiguales
van asaltando jarales,
ganando cerros y cerros!
Llegan, y ronco bufido
lanza el venado; la sierra
gana... Qué corta es la tierra
para un ciervo perseguido!
Baja al llano; allí el testuz
inclina, descansa un punto;
y entonces, Beatriz, le apunto,
y le mata mi arcabuz!
Pues y cuándo el javalí
se vé de perros cercado?
fiero, de uno al otro lado
se vuelve y revuelve; allí
coje al uno, al otro atrapa,
hasta que por varios modos
libre se mira de todos,
y viéndose libre escapa.
Pero entonces... voto al diablo!
suelto la rienda al corcel,
caigo con rabia sobre él,
y lo pasa mi venablo!—
Ya ves si esto es diversion!
De pensarlo solamente,

siento que de gozo hirviente
palpita mi corazon!
Decídete, Beatriz mia.

BEATRIZ. Si al campo contigo fuera,
al mirarte ante una fiera
de miedo me moriria!
no; quédense para tí
esos goces tan estremos!

FERN. Pero...

BEATRIZ. Nosotras tenemos
aves y flores aquí.
Qué mas puede apetecer
una mujer? Ya lo sabes;
con las flores y las aves
goza siempre una mujer!

FERN. Si yo estuviera en la corte
viviera tan satisfecho?
no! la corte no se ha hecho
para gentes de mi porte.
Vivan en buen hora allí
los que la intriga prefieren,
y creyendo gozar, mueren
entre lisonjas; que á mí,
qué me importa su zozobra?
Vivo en el campo mejor:
en el campo y con tu amor,
todo lo demas me sobra.
A Dios, Inés.

INES. El á vos
de todo peligro os guarde.

BEATRIZ. A Dios, y no vuelvas tarde.

FERN. Tornaré temprano. A Dios! (*Vase.*)

ESCENA V.

DOÑA BEATRIZ, DOÑA INES.

BEATRIZ. Ya estamos solas Inés.

INES. Ay, Beatriz! cuánto te ama
tu esposo! Qué feliz eres!

BEATRIZ. Sí, muy feliz!—Pero habla

y refiéreme tus penas.
Hace poco te quejabas,
Sufres!... tú sufres, Inés,
y reprimida y callada
guardabas dentro del pecho
tus dolores y tus ansias!

INES. Oh, Beatriz!...

BEATRIZ. Vas á negarlo?
pues qué, no he visto tus lágrimas?
no me han hablado tus ojos
mas claro que tus palabras?
no me has dicho que te aburres,
que esta soledad te mata?

INES. Como á tí!

BEATRIZ. Sí, como á mí;
por qué no decirlo? Salga
una vez del corazon
lo que el corazon se calla.
Lo has adivinado, Inés,
mucho esta vida me cansa;
que en la soledad el sol
alumbra con luz opaca,
las flores no tienen brillo,
no tiene el viento fragancia.
Habla, cuéntame tus penas
y lograrás aliviarlas,
que las penas son menores
si son las penas contadas.

INES. Temo enojarte.

BEATRIZ. No temas;
soy tu amiga, soy tu hermana,
y aunque desde niña, Inés,
de mí estuviste apartada,
y esto infundirte respeto
pudiera, ten confianza,
y háblame como si á solas
tú misma te querellaras.

INES. Pues bien, Beatriz, en Sevilla...

BEATRIZ. Ya sé que en Sevilla amas.
Quién vive allí sin amor?

INES. Allí la mitad del alma
dejé la noche fatal

en que me sacó de casa
nuestro tio, que á su lado
me llevó desde la infancia.
Ay que noche para mí!
Dos horas no eran pasadas
despues de haber escuchado
en mi reja dulces pláticas
de amor, cuando mi tio
abre de pronto mi estancia,
y entre enojoso y afable,
vestirme y salir me manda.
Salgo al patio; la cancela
del todo abierta se hallaba:
fuera de la puerta veo
que una litera me aguarda;
subo en ella; en su interior
descubro tambien á Ana:
«Qué es esto?» la iba á decir;
cuando siento que me ataja
la voz grave de mi tio,
que de este modo me habla.
«Inés, negocios urgentes
»hoy á la corte me llaman:
»no sé cuando volveré,
»y es fuerza que solo vaya.
»En tanto mi ausencia dura,
»á vivir vas con tu hermana
»á quien apenas conoces:
»ya la he mandado una carta;
»y entre otras cosas la digo
»que vele por tí; que anda
»poniendo escollo á tu honor
»un cierto galan fantasma,
»que á serenatas te obliga
»y me aburre á serenatas.
»A Dios!—» Y partí Beatriz,
á mi dolor entregada,
por no poder á mi amor
decir en breves palabras,
que me arrancan la existencia
pues de su lado me arrancan.

BEATRIZ. Pobre Inés!

INES. Y hace dos meses
que en esta quinta encerrada,
sin poder darle noticias
de mí, vivo con el alma
como nave combatida
de recuerdos y esperanzas.
Qué dirá de mí? Qué hará?
Quizá juzgándome ingrata
por otro amor me abandona!

BEATRIZ. Te amaba bien?

INES. Bien me amaba;
mas todo el tiempo lo borra.

BEATRIZ. Pues no estarás olvidada;
que es cosa probada, Inés,
que no olvida quien bien ama.
Es digno de tu cariño?

INES. No hay un galan de mas fama
en toda Sevilla.

BEATRIZ. Es noble?

INES. No cede su sangre hidalga
á ninguna; y pues me dejo
servir por él, esto basta.
Mas, ay! que me habrá olvidado!

BEATRIZ. Cuánto tu dolor te engaña!
Quién con amor olvidó!
ni el tiempo, ni la distancia
pueden apagar, Inés,
de un amor puro la llama.

INES. Frases son esas, Beatriz,
lisonjeras, pero vanas.
Quién se fia de ellas?

BEATRIZ. Yo,
que una prueba de constancia
puedo dar.

INES. Tú!...

BEATRIZ. Sí: en Sevilla
conocí, Inés, una dama
que aun llora al muerto galan
que un tiempo la idolatraba.

INES. Pues qué fué de él?

BEATRIZ. Lo mataron;
era soldado en Italia.

INES. Y ella?
BEATRIZ. En un monasterio
quiso entrarse: mas airada
la deparó la fortuna
una suerte mas amarga.
La casaron.
INES. Qué crueldad!
BEATRIZ. Sí, fué crueldad estremada;
pues desde entonces, Inés,
tuvo que ocultar sus lágrimas;
tuvo que ahogar el dolor
que su existencia minaba.
INES. Y no olvidó con el tiempo?
BEATRIZ. Nunca! La sombra adorada
del galan, á todas partes
la persigue y la acompaña.
Lo vé en sus sueños, despierta
lo vé tambien.
INES. Dios la valga
por tanto sufrir!
BEATRIZ. Ya vés
como el amor no se acaba
con el tiempo ni la ausencia:
ni aun la muerte dura alcanza
victoria alguna sobre él,
que es cosa, Inés, bien probada,
que nunca su amor olvida
el que bien una vez ama.
INES. Pero qué valen mis penas
referirse, cuando hablan
mas alto que ellas las tuyas?
Tú tambien, Beatriz, llorabas?
BEATRIZ. Inés, te he dicho bastante;
esta soledad me mata.
INES. Si á Fernando le dijeras
tu mal, él lo remediára.
Te ama tanto!...
BEATRIZ. Para qué?
Deja que goce en la caza.

ESCENA VI.

DICHAS *y* ANA *apresurada.*

ANA. Doña Beatriz! Doña Inés!
BEATRIZ. Qué es eso? á qué esa alegría?
ANA. Abrid esa celosía
y vereis.
INES. Pero qué es?
ANA. El Rey! el Rey de Castilla,
que por frente de esta casa
á tiro de arcabúz pasa.
BEATRIZ. El Rey! (*Vá al mirador Doña Inés.*)
ANA. El Rey que vá á Sevilla,
segun ha dicho un villano
que abajo ha llegado ahora.
Veis qué suerte mas traidora? (*A Doña Inés.*)
Dios nos tenga de su mano!
No estar nosotras allí
á ver su entrada triunfal!
Cómo estará el arenal?
Qué será ver, pésie á mí,
tanta dama en la carrera
y tanto galan al lado
de bigote levantado
y de rizada gorguera?
Todo será gala y brio,
flores, arcos, enramadas;
las barcas empavesadas
harán un bosque del rio.
Y como manda la ley,
habrá voces á millares,
y músicas y cantares,
y gritos de «Viva el Rey!»
Y qué fiestas mas galanas
el noble cabildo hará!
Todo estrépito será
de arcabuces y campanas!
Y no estar las dos allí?

BEATRIZ. Calla!... (*Acercándose al mirador.*)
INES. Sí, calla, por Dios!
ANA. Ay! Quién nos trajo á las dos!...
BEATRIZ. Cierra pronto; que hácia aqui
se dirige un caballero
á lo que miro.
INES. Es verdad.
BEATRIZ. Ese mirador cerrad.
ANA. Dejad que mire primero....
BEATRIZ. Haz lo que te mando, Ana!
cierra al punto el mirador.
ANA. Pues qué vea no es mejor
si llega?
INES. Haz lo que mi hermana
te ha mandado.
ANA. Cierro, pues.
(*Se detiene en cerrar.*)
(Qué porte!... Qué noble arreo!
Mas cielos! Qué es lo qué veo!
El galan de Doña Inés!
Cómo advertirla pudiera!...
Oh!... La voy á sorprender!) (*Yéndose.*)
BEATRIZ. (Ah!) (*Mirando por la celosía.*)
Dónde vás? (*A Ana.*)
ANA. Voy á ver... (*Vase corriendo.*)
BEATRIZ. Detenla! Detenla!
INES. Espera! (*Vase trás de Ana.*)

ESCENA VII.

DOÑA BEATRIZ, *yendo al mirador.*

Cielos!... Qué han visto mis ojos!...
D. César!... D. César vivo!
El es!... él es!... no es su sombra!...
no es juego de mis sentidos!
Vive! vive!... Y yo casada! (*Retrocede.*)
Qué pasa por mí, Dios mio!
Inés! Inés!... Yo estoy loca! (*Llamando.*)
Inés!... En este conflicto

qué debo hacer?... no lo sé!
El cielo venga en mi auxilio!

ESCENA VIII.

DOÑA BEATRIZ, DOÑA INES.

INES. Ay, Beatriz! Vés qué imprudencia,
qué indiscrecion, la de Ana!...
Antes de que yo pudiera
en la escalera alcanzarla,
estaba en medio del patio:
con el caballero habla,
y aqui suben.
BEATRIZ. Qué me dices? *(Con espanto)*
INES. Que al ruido de su espada
y sus espuelas, torné
precipitada la espalda
á decírtelo... No oyes?
BEATRIZ. Inés!... Las fuerzas me faltan!
INES. Qué tienes? estás enferma?
Llamaré....
BEATRIZ. No tengo nada.
(Procurando serenarse.)
El sobresalto... la ira
que esa indiscrecion me causa...
(Oh! silencio, corazon!
sufre, disimula y calla.)

ESCENA IX.

DOÑA BEATRIZ, DOÑA INES, D. CESAR, *y* ANA.

ANA. Entrad, entrad, caballero,
mi señor está de caza;
pero á su esposa hablareis.
BEATRIZ. Oh! con qué derecho, Ana,
con qué licencia ó permiso,
hasta dentro de mi estancia

un caballero me traes?

CESAR. (Cielos! Los ojos me engañan!
no es esta Doña Beatriz?)

INES. (La Vírgen pura me valga!
D. César aquí!...)

CESAR. (Qué miro!
Tambien, Inés!.. Cosa estraña!
Confuso estoy!)

ANA. Perdonadme;
como á mi señor buscaba
este hidalgo...

BEATRIZ. Y no sabias
que estando solas en casa...

CESAR. Perdonad, si mi presencia,
señora... (La voz me falta.)

BEATRIZ. Vos, señor, no teneis culpa,
y os ruego que mis palabras
á desaire no tomeis.

INES. (Dios quiera que no se vaya
hasta que en mis ojos lea
lo que está gozando el alma.

CESAR. Mucho me duele, señora,
que el celo de esta criada
tal pesar os haya dado;
mas si para disculparla
basta decir que, al sentar
en vuestra quinta la planta,
la declaré que enviado
era del rey, y que anhelaba
ver á D. Fernando...

BEATRIZ. Basta;
que es tan justa la disculpa
que ya queda perdonada;
pues donde se habla del rey
todas las querellas callan.
Ana, con presteza, avisa,
á un mozo de la labranza
que á D. Fernando detenga
y haga volver; que le aguarda
dentro de su casa misma
un mensaje del monarca. (*Váse Ana.*)

ESCENA X.

DICHOS *menos* ANA.

BEATRIZ. Y ahora, señor, perdonad
que las dos nos retiremos;
toda la quinta os cedemos;
de ella disponed, y usad
á vuestro antojo; que es ley,
pues sois del rey enviado,
que en ella esteis tan honrado
como si fuérais el rey.
Inés, tu estancia te espera;
la mia á mí. Guárdeos Dios.
CESAR. El cielo os guarde á las dos.
INES. (Oh! Quién hablarle pudiera!)

ESCENA XI.

D. CESAR.

Qué es esto que por mí pasa?
Estraña aventura es!...
Aquí Beatriz!... aquí Inés!...
dentro de la misma casa!
Beatriz!... La que amante un dia
en mí su anhelo cifró!...
Beatriz!... que tanto me amó!...
Beatriz!... que debió ser mia!...
Arcanos son del destino
que no comprendo, por Dios!
Las dos perdí... y á las dos
hoy encuentro en mi camino!
Pero cómo está aqui Inés,
tras quien en vano corrí
dos meses?... cómo está aquí?
qué ha sido de ella despues?
Cómo Beatriz me olvidó

siendo su fé tan sencilla?
Y cómo Inés de Sevilla
sin avisarme partió?
Beatriz no me amaba? sí;
de su cariño estoy cierto:
dijo al partirme: «ni aun muerto
podré olvidarme de tí.»
Mas cómo pudo romper
de aquel cariño los lazos,
y hoy descansa en otros brazos?
Qué me estraño si es mujer!...
Oh! pues que nunca he querido
buscarla, ni saber de ella,
y hoy mi destino ó mi estrella
á su casa me ha traido;
por qué no he de averiguar
la causa de su traicion?
no me sobra la razon?
Por Dios, que la he de indagar!
Y doña Inés?... doña Inés
tras quien en vano corrí
dos meses?... cómo está aquí?
qué ha sido de ella despues?
Fé eterna no me juró?
Pues esto me maravilla!
Cómo fue, qué de Sevilla
sin avisarme partió?
Ni una ni otra muestra han dado
de haberme reconocido;
y es que, ó las dos han finjido,
ó las dos me han olvidado.
Cómo averiguar no sé
el misterio que esto tiene:
mas, pues saberlo conviene,
juro á Dios, que lo sabré!

ESCENA XII.

D. Cesar *y* D. Fernando.

Fern. Dios os guarde.
Cesar. Guárdeos Dios.
Fern. Me han dicho que un mensajero
del rey...
Cesar. Yo soy, caballero.
Fern. Pues al rey saludo en vos.
Cesar. Sois acaso?...
Fern. El que buscais.
Cesar. D. Fernando?
Fern. El mismo soy;
que gran dicha alcanza hoy,
puesto que su casa honrais.
Cesar. Tan alta merced me abona.
Fern. Mucho mas me honrais á mí,
que hoy representais aqui
del rey la propia persona.
Dignaos tomar asiento,
y en mi casa descansad.
Cesar. Que no acepte, perdonad,
pues partir al punto intento
á unirme á la comitiva
del rey.
Fern. No quiero obligaros.
Qué anhela el rey?
Cesar. Quiere honraros.
Fern. Muchos años el rey viva,
pues tanto le merecí.
Cesar. Dice que le habeis servido
con lealtad.
Fern. Noble he nacido,
servíle como debí.
Que pues de nobles es ley,
acatada en nuestra tierra,
servir en paz como en guerra,
con sangre y dinero al rey,
al verter con profusion

en las campañas la mia,
obré como obrar debia,
cumplí con mi obligacion.

CESAR. Como noble habeis hablado.

FERN. Siempre lo fuí.

CESAR Bien lo creo:
y no me estraña el deseo
del rey: negocios de Estado
hoy le llaman á Sevilla,
que no quiere decidir
sin vuestro consejo oir.

FERN. Tanto honor...

CESAR No es maravilla;
que harto proclamando estan
vuestras prendas, caballero,
que sois tan buen consejero
como ilustre capitan.
Conque al monarca diré...

FERN. Que en mí la obediencia es llana;
que á Sevilla iré mañana
y sus plantes besaré.

CESAR. Mucho de ello se holgará.

FERN. Mucho mas me huelgo yo.

CESAR. Pues que el mensaje acabó,
permitid que parta ya.
Adios.

FERN. Adios; y en mi nombre...

CESAR. Le diré el honor quo os debo.

FERN. (Que me place este mancebo!)

CESAR. (Mucho me gusta este hombre!)
(*Váse D. César.*)

ESCENA XIII.

D. FERNANDO, BEATRIZ, INES.

FERN. Beatriz... Inés... (*Llamando.*)

BEATRIZ. Ya de vuelta!...

INES. Tan pronto!

FERN. Sí; la noticia
supe en mitad del camino

de que el rey iba á Sevilla,
y por si la alta merced
de honrar mi casa me hacia,
la vuelta al momento dí.

BEATRIZ. Pues en tu busca camina
un mozo...

FERN. Sí; le encontré
cuando á buscarme salia.

INES. Y hablasteis al mensajero?

FERN. Ahora saldrá de la quinta.

BEATRIZ. Y qué os dijo?

FERN. El rey me llama
y mi obediencia me obliga
á que el campo abandonemos. (*Sorprendidas.*)

BEATRIZ. Qué dices!...

FERN. Que la partida
vayas, Beatriz, preparando,
que mañana en todo el dia
de ver al rey dí palabra,
y me es forzoso cumplirla.
(*Vase D. Fernando.*)

ESCENA XIV.

DOÑA INES, DOÑA BEATRIZ, ANA *que entra por el fondo.*

BEATRIZ. (A Sevilla!...) (*Aparte con estupor.*)

INES. Qué placer!
A Sevilla vamos, Ana!

ANA. Qué gozo! Cuándo?

INES. Mañana.

BEATRIZ. (Por qué le habré vuelto á ver!)

INES. Alégrate, Beatriz mia!

ANA. Pájaro de buen agüero
ha sido ese caballero.
Dios sin duda lo traia
para bien de doña Inés!

BEATRIZ. De Inés? (*Con ansiedad.*)

ANA. (Ya se me escapó...
(*Ap. á doña Inés.*)
Perdonad...)

INES. No temas, no...
Ya lo sabe...
(*Va hácia el mirador alegremente.*)
BEATRIZ. Pues... quién es?
INES. Díselo, díselo, Ana.
ANA. Su galan.
INES. Míralo aquí!
(*Ana corre al mirador. Doña Beatriz espresa en su semblante el dolor de su alma.*)
BEATRIZ. (Dios me defienda de mí,
soy la rival de mi hermana!)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala adornada lujosamente; mesa con algunos libros: á la derecha en primer término un balcon; en segundo la habitacion de doña Beatriz; á la izquierda la de doña Inés y Ana. Puerta al fondo. Entran por ella D. Fernando y doña Inés: aquel como si viniera de la calle.

ESCENA PRIMERA.

D. Fernando, Doña Ines.

Fern. Con que á pesar de su mal,
á misa al cabo salió?
Ines. Tan pronto como escuchó
el toque en la catedral.
Fern. Pues ya de capricho pasa;
no volverá á suceder.
De qué me sirve tener
capilla dentro de casa?
Salir á misa es razon,
y mas que razon virtud;
mas si falta la salud
salir es indiscrecion.
Y que ella padece, Inés,
claro está, por vida mia;
ella dice que es manía
que tengo; mas tú lo vés.
Por mucho que sus enojos

oculta, en vano batalla;
pues lo que su voz me calla
me lo declaran sus ojos.
No sé qué pena traidora
interiormente la aqueja;
mas ella á solas se queja,
á solas murmura y llora.
Llegué un tiempo á sospechar
que el campo la aburriria,
pues que en el campo vivia;
mas hoy no sé qué pensar.
Hoy hace tres dias, tres,
que aquí estamos; y por Cristo,
que si algo en su mal he visto,
es que se acrecienta, Inés.
De Sevilla salir ya
deseo.

INES. (Triste de mí!)

FERN. Me hastío, me canso aquí.

INES. Tan mal con el rey os va?

FERN. No; pero quiero otro espacio;
ser libre como las aves;
tú, como niña, no sabes
qué mal se vive en palacio.
Hoy, porque todos me ven
alzado, me consideran;
mas si en desgracia me vieran,
¡con qué insolente desden
la espalda me volvería
esa turba cortesana,
que hoy se considera ufana
con una mirada mia!
Quién en palacio desea
vivir? Todo en él fatiga:
por mucho que yo te diga
no podrás formarte idea.
Es una perpétua lucha
que nunca termina en bien:
allí los ojos no ven;
allí el oido no escucha:
debe ser débil tu acento;
pues tal vez con tus palabras

tu propia desdicha labras
cuando las sueltas al viento.
Que como por varios modos
todos al poder aspiran,
unos contra otros conspiran,
que son ambiciosos todos.
Yo, que no tengo ambicion,
cómo podré, pese á mí,
vivir satisfecho allí?

INES. Pues cuál es vuestra intencion?

FERN. Volverme á mi quinta, Inés,
que á mas de la paz que encierra,
no hay peligro que la tierra
tiemble allí bajo los piés.

INES. (Hay mujer mas infeliz!)
Con que al campo...

FERN. Sí en verdad,
que mejor que en la ciudad
está en el campo Beatriz.

INES. Pero si el rey os detiene...

FERN. Yo con el rey cumpliré,
mas luego le dejaré,
pues dejarlo me conviene:
no quiero la córte, no.

INES. (Oh! sabré lo que me importa.)
No dicen si será corta
su estancia aqui?

FERN. Qué sé yo!
Mas tarda Beatriz, y es hora
de que yo en palacio esté:
pronto la vuelta daré,
que la inquietud me devora
de esa pena que la aflije,
y que atormenta su alma;
pena que ni el campo calma
ni en la ciudad se corrije.

(*Va á marcharse y vuelve.*)

Ay! oye lo que me ocurre:
Pues que á su mal entregada
Beatriz no goza con nada,
y en la soledad se aburre,
hoy que de festejos es

tercero y último dia,
la popular alegria
saldremos á ver, Inés.
Que, segun oí decir,
hoy baja toda Sevilla
á divertirse á la orilla
del rio Guadalquivir.
Que allí lucirán su brio
las barcas, que á puro remo
salvarán de estremo á estremo
la vasta anchura del rio.
Y acaso con fiesta tal
Beatriz dar treguas consiga
á esa perpétua fatiga,
á esa dolencia fatal.
No te parece?

INES. Sí á fé:
tal vez su mal entretenga.

FERN. Pues díselo cuando venga,
que muy pronto volveré. (*Vase.*)

ESCENA II.

DOÑA INES.

Ay de mí! sin duda el cielo
hoy me previene desdichas:
todo contra mí se vuelve!
Hay suerte como la mia?
D. Fernando vendrá pronto,
Beatriz muy pronto de misa
tornará... y Ana no vuelve!
Su tardanza me dá ira,
que el alcázar no está lejos
y ya volver deberia. (*Se asoma al balcon.*)
Nada, ni viene ni asoma;
cuando vuelva he de reñirla!
Quién en su vida pasó
tal dolor y tal fatiga?
Será acaso que D. César
quiera desairar mi cita?

Sí

No, que nunca un noble el ruego
de una mujer desestima.
Mas quizá estará enojado
y sin culpa me castiga
con su tardanza... Dios mio!
Cuándo cesará esta vida
de angustia y de esclavitud?
(*Un momento de pausa.*)
Por qué Beatriz obraria
con tanta dureza anoche?
El recordarlo me irrita!
No la dije que la amaba?
y quien era no sabia?
Pues á qué celarme tanto?
no se mostraba benigna
conmigo, cuando la dije
de mis amores la cuita?
Pues tal cambio me sorprende
y tal dureza me indigna!

ESCENA III.

DOÑA INES, ANA, *con manto.*

INES. Ay, Ana!
ANA. Ya estoy aquí!
INES. Mucho has tardado!
ANA. Sí á fé:
pero al cabo le encontré.
INES. Con que le viste?
ANA. Le ví.
INES. Y qué dijo?
ANA. Que vendrá.
INES. Pues en qué se ha detenido?
ANA. En nada.
INES. Cómo! ha venido?
ANA. Ha venido, claro está.
INES. Pues qué aguarda?
ANA. La licencia
para entrar.
INES. Ay, Ana mia,

y yo reñirte queria
por falta de diligencia!

ANA. Quién en tan vasto recinto
penetra?

INES. Tienes razon.

ANA. Qué bulla! qué confusion!
si es aquello un laberinto!
unos vienen, otros van,
casi con Babel se iguala...
Pero ved que en la antesala
dejo esperando al galan.

INES. Casi arrepentida estoy...

ANA. Le digo que entre?

INES. Ay, Ana!

ANA. Pues si viene vuestra hermana
buena suerte echamos hoy:
resolveos: yo al acecho
estaré en ese balcon.

INES. Que venga, sí... El corazon
se quiere salir del pecho!

ESCENA IV.

DOÑA INES, D. CESAR, ANA *en el balcon.*

CESAR. Inés!

INES. D. César!...

CESAR. Mi bien!

INES. (Desfallezco de alegria!)

CESAR. Bendiga el cielo este dia,
que al fin mis ojos os ven.

INES. Ah!

CESAR. Cuánta felicidad!
Siento al veros tal encanto!...
no goza el marino tanto
despues de una tempestad.
Pues tal fue mi desventura
Inés, al perderos, que hoy
pienso que marino soy
que llega á playa segura.

INES. Y yo que airado os creí...

CESAR. Airado yo contra vos!...
INES. Sí, pero bien sabe Dios
que no tuvo causa en mí
la falta.
CESAR. Quién os dá queja?
Pues qué pierde mi pasion,
si me abrís el corazon,
que me cerreis vuestra reja?
INES. Es que yo no la cerré.
CESAR. Pues quién?
INES. Mi suerte tirana.
CESAR. No os comprendo.
INES. Fue mi hermana.
CESAR. Doña Beatriz!...
INES. Ella fue!
Que en constante centinela
de mi amor se ha convertido
desque á Sevilla ha venido:
y con tal rigor me cela
y sujeta mis acciones,
que... la paciencia me valga!
ni quiere que á misa salga
ni me asome á los balcones.
CESAR. Estraña severidad
que, mal se aviene y hermana,
con lo que me dijo Ana
de su escesiva bondad
para con vos.
INES. Ay de mí!
pues de eso me duelo yo:
si allí humana se mostró,
por qué tan cruel aquí?
no se condolió, á fé mia,
de nuestro amor contrariado?
pues por qué se ha cambiado
su cariño en tiranía?
si no que el hado infeliz
condenan al amor mio,
ya á los rigores de un tio,
ya al capricho de Beatriz.
Y ya en desesperacion
toca cuanto estoy sufriendo

por qué para tanto, entiendo,
que no hay causa ni razon.
Con mala estrella nací!
mas ya es tiempo que esto acabe.

CESAR. Acaso como no sabe
quien soy, os vijila así. (*Con intencion.*)

INES. Pues en la quinta no os vió?
no fuisteis de mensajero
del rey? no sois caballero?
Y qué, en fin, no os amo yo?
Pues qué, no sabe que estoy
por vos penando?

CESAR. Ay, Inés!
no basta.

INES. Si ella es quien es,
yo, D. César, soy quien soy.
Que si en vos prendas no viera
de nobleza y de hidalguía,
por mucho que el alma mia
perder vuestro amor sintiera,
ahogára el mio, pardiez,
sofocando aquí su llama,
que bien sé lo que una una dama
debe siempre á su altivez.

CESAR. Conducta tal en Beatriz!...
Por Cristo, que me sorprende!

INES. Mucho su celo me ofende;
ya veis si sois infeliz.
Anoche!... cuánto lloré
cuando me cerró la reja!...
mas sin decirla una queja
en mi estancia me encerré.

CESAR. Y qué os dijo?

INES. Qué sé yo!
aunque murmurar la oí,
no que dijo no entendí;
tanto el pesar me embargó!
Pues en mi fiera agonía
solo, D. César, pensaba,
que la hora se acercaba
y que salir no podia
á calmar en mi interés

vuestra sentida querella
diciéndoos; no dudeis de ella,
que siempre os adora Inés.

CESAR. Siempre, es verdad.

INES. Siempre, sí;
que Ana, ya os habrá contado,
cuánto por vos he llorado,
cuánto en dos meses sufrí.
Y vos, y vos?

CESAR. Harta pena
con vuestra ausencia pasé:
mas ya todo lo olvidé,
porque el gozo me enajena
de veros y hablaros, hoy
que tanta ventura toco.

INES. Me amais!...

CESAR. Cuanto os diga es poco;
y por bien sufrido doy
el pesar de tal ausencia;
que al fin, el cielo dolido,
á Sevilla me ha traido
á gozar vuestra presencia.

INES. Quién sabe si esta ventura
durará?

CESAR. Pues qué temeis?

INES. Ay D. César, no sabeis
que poco ó nada el bien dura?
no os ha dicho tambien Ana
que siempre triste, abatida,
pasó en el campo la vida,
desque se casó mi hermana?

CESAR. Nada de eso me contó.

INES. Pues ya que no lo ha contado,
sabed que en el campo ha estado
Beatriz desque se casó.
Y allí perdió su alegria,
y en cambio de su contento,
asaltóla tan violento
humor de melancolía,
que ni el acendrado amor
de su esposo, ni el cuidado
con que siempre la ha tratado,

han hecho que el negro humor
desaparezca; y es tal
la pena que asi la aflige,
que con nada se corrige,
que á nadie dice su mal.

CESAR. Por Dios, que me maravilla!...

INES. Cuando allá en el campo estaba,
por Sevilla suspiraba;
hoy aborrece á Sevilla,
Y al verla asi padecer
D. Fernando, y que prefiere
el campo á Sevilla, quiere
con ella al campo volver.
Por eso temo á mi estrella,
que si á partir se resuelven,
y pronto al campo se vuelven,
han de llevarme con ella!
Y arrancarme de mi amor
para en la quinta encerrarme,
será de ausencia matarme,
sino me mata el dolor.
Y tal situacion me apura
y la inquietud me devora:
por eso os he dicho ahora
que poco ó nada el bien dura.

ESCENA V.

DICHOS *y* ANA *que cale del balcon.*

ANA. Oh! qué descuido!

INES. Qué es?

ANA. Que viene...

INES. Quién?

ANA. Vuestra hermana.

INES. Don César!... (*Despidiéndole*).

CESAR. A Dios!

INES. Vé, Ana,
guíale.

ANA. Ay, Doña Inés,
no es posible, aunque quisiera.

INES. Pues cómo?... suerte infeliz!
ANA. Porque ya Doña Beatriz
subirá por la escalera.
CESAR. Inés, que la hable dejad,
no temais.
INES. Hablarla vos!
no, D. César: no por Dios!
en esa estancia os entrad.
CESAR. (Nunca en tal lance me ví!)
INES. Otro remedio no tiene.
ANA. Pronto, pronto, que ya viene:
entrad, D. César, aquí.
(Le introduce en el cuarto de Doña Beatriz.)

ESCENA VI.

DOÑA INES *y* ANA.

INES. Cielos!... me has perdido, Ana.
ANA. Pues cómo! Qué ha sucedido?
INES. No vés que lo has escondido
en la estancia de mi hermana?
ANA. Dios nos valga! pero ya
qué hemos de hacer si se halla
dentro?
INES. Dios mio! mas calla!
ANA. Sí, callemos, que aquí está.

ESCENA VII.

DICHAS *y* DOÑA BEATRIZ. *Doña Beatriz observa un momento la inquietud de las dos.*

BEATRIZ. Qué haceis aquí?
INES. Ya lo vés (*Con timidez.*)
BEATRIZ. Estraña razon por cierto!
por qué está el balcon abierto?
ANA. Es que...

BEATRIZ. Yo pregunto á Inés. (*Con severidad.*)
Por qué está abierto el balcon?
que en él al galan amante
aguardabas, tu semblante
lo dice en su turbacion.
INES. (Oh! mal mi enojo resisto!)
BEATRIZ. Por qué en el balcon, hermana,
estaba acechando Ana?
ANA. Yo, señora...
BEATRIZ. No te he visto?
O me lo vás á negar?
ANA. Pues en eso, á qué he faltado?
BEATRIZ. Ye dejé el balcon cerrado;
cerrado ha debido estar.
INES. Pues si en eso delinquí... (*Vá á cerrarlo.*)
BEATRIZ. Cómo! á dónde vás, Inés?
INES. A cerrarlo... no lo vés?
BEATRIZ. Bien está el balcon así.
INES. Pero...
BEATRIZ. Que está bien, he dicho.
INES. Por Dios, que no te comprendo.
(*Conteniéndose.*)
BEATRIZ. Crées, Inés, que no te entiendo?
ANA. (Quién entiende este capricho?)
BEATRIZ. Sin duda con el pretesto
de cerrar, á ver irias,
si á ese tu galan veias
frente del balcon... no es esto?
Vamos, responde.
INES. Eso es. (*Con sequedad.*)
ANA. (Si casada no estuviera,
que tiene celos dijera
segun habla á Doña Inés.)
BEATRIZ. Resuelta por cierto estás
con ese cariño, hermana.
INES. Y tú conmigo tirana,
y tirana por demás. (*Rompe á llorar.*)
BEATRIZ. Oh! de tirana me acusas!...
INES. Sí.
BEATRIZ. Lo escucho y no lo creo.
INES. Como huérfana me veo,
tú de mi orfandad abusas!

Qué falta ó qué sin razon,
triste de mí! he cometido?
Qué mal ha sobrevenido
con abrir ese balcon?
Tú sospechas que le abrí...

BEATRIZ. Por verle, Inés!... (*Dejando entrever sus celos.*)

INES. No lo niego:
pero no sabes el fuego
que siento por él aquí?

BEATRIZ. Basta. (*Airada*)

INES. Te oculté mi amor?

BEATRIZ. Basta, digo: el lábio sella!
mal en la honesta doncella
que tiene en algo su honor,
sientan tales confesiones;
mas es peor todavía
que la vean todo el dia
colgada de los balcones.
Acaso, imprudente, quieres
que te tachen de liviana?
si tú lo quieres, hermana,
yo no, que mi hermana eres.
Y si siempre á tu galan
ven en la calle, y á tí
te ven asomada ahí,
que eres liviana dirán.
Y pésie á tu loco amor,
no lo dirán...

INES. (Suerte esquiva!)

BEATRIZ. Mientras que tu hermana viva,
que tengo en mucho tu honor.

INES. Mal disculpas tu crueldad,
y ese rigor que me hiela.
Anoche...

BEATRIZ. Siempre hay quien vela
de noche en la oscuridad.
Por eso cerré.

INES. Ay de mí!

BEATRIZ. Mas basta de esplicaciones,
que yo tengo mis razones
Inés, para obrar así.
Idos.

ANA. (La Virgen María
nos valga...! Temblando voy!)
INES. (Si lo vé, perdida soy!—
Por qué has muerto madre mia?)

ESCENA VIII.

DOÑA BEATRIZ.

Pobre Inés! Inés del alma!
Perdona, mucho te ofendo;
muy cruel contigo soy,
muchas lágrimas te cuesto!
mas tú no sabes, Inés,
no sabes cuanto padezco,
porque ignoras qué es vivir
sin esperanza... y con celos.—
Celos!... Ya lo dije... sí...
que bien me lo indica el fuego
que abrasa mi corazon,
y que en vano apagar quiero.
Dios mio! tú solo puedes
calmar este sufrimiento
que me consume y me mata!
pero es inútil mi ruego;
que en todas partes, la imágen
del hombre que amo, contemplo.
De noche, en la oscuridad
se me aparece, en el sueño
como una sombra me acosa,
en la calle y en el templo
me persigue; en todas partes,
en todas partes le veo,
y en vano por apartarle
imploro auxilio á los cielos:
los cielos sola me dejan,
y sola vencer no puedo. (*Se desprende el manto y abre su habitacion, en cuya puerta aparece D. César.*)

ESCENA IX.

Doña Beatriz, *y* D. Cesar.

Beatriz. Ah!
Cesar. Perdonadme, señora.
Beatriz. Estoy soñando! Qué es esto?
Vos... en mi estancia... Dios mio!
Cesar. Que me oigais, señora, os ruego.
Beatriz. No, no, no, salid, D. César.
Fern. Que esté la carroza presto. (*Dentro.*)
Beatriz. Oh! qué horror! Fernando aquí!
entrad, ampáreme el cielo!
(*Se entra en su habitacion y cierra.*)

Voz dentro

ESCENA X.

Doña Beatriz *y* D. Fernando.

Fern. Veré si á Beatriz agrada
yendo conmigo el paseo...
Ah! tú aquí... pero qué veo!
pálida estás!
Beatriz. No, no es nada.
Fern. Sí, Beatriz; estás temblando!
Qué tienes, por vida mia?
Beatriz. Es que...
Fern. Tu mano está fria
Beatriz. No es nada, nada, Fernando.
A misa he salido á pié...
Fern. Mucho, por Dios, lo he sentido,
Beatriz, cuando lo he sabido.
Te habrás cansado.
Beatriz. Sí, á fé.
Fern. Antojo fué la salida!
Pues otra vez no quisiera
que tal cosa sucediera,
que tengo en mucho tu vida.

Quién, Beatriz, te acompañó
á la iglesia?

BEATRIZ. Tu escudero.

FERN. Pues si otra vez sales, quiero
solo acompañarte yo.

BEATRIZ. Bien está.

FERN. Siéntate aquí,
que hoy me place regalarte.

BEATRIZ. (Qué agonía!)

FERN. Voy á darte
digna una joya de tí.

BEATRIZ. Una joya!

FERN. Y joya tal,
que viene del Soberano:
mas solo estará en tu mano
como en la mano real.
Mírala.

BEATRIZ. Un anillo!

FERN. Sí.
Diómelo su majestad
hoy en prenda de amistad:
Yo te lo regalo á tí. (*Se lo quita.*)

BEATRIZ. Asi estimas su favor?

FERN. Crees, Beatriz, que le desprecio?
Anillo de tanto precio
en tu mano irá mejor,
pues que tu virtud lo abona;
que de amor en buena ley,
te ofreciera yo, á ser rey,
no un anillo, una corona.

BEATRIZ. (Qué tormento!)

FERN. Con placer,
presente tal he aceptado:
dónde estará mas honrado
que en manos de una mujer?

BEATRIZ. Pero....

FERN. Al ceñirlo á tu dedo,
tengo la seguridad
que honras á su majestad
como yo honrarle no puedo.

BEATRIZ. Ufana le acepto yo.

FERN. Y debes estarlo, sí,

porque para honrarte á tí,
todo un Rey se lo quitó. (*Se levanta.*)
Mas ya la carroza espera;
y si hemos algo de ver,
que te sirva de placer,
que partiéramos quisiera.
Inés! (*Llamando.*)

BEATRIZ. Vuelves á salir?
FERN. Sí, mas contigo.
BEATRIZ. (Dios mio!)
FERN. Qué hoy hay fiestas en el rio,
y te podrás divertir.
BEATRIZ. Oh! perdona...
FERN. Qué!... no quieres....
venir al rio? por qué?
BEATRIZ. Por....
FERN. Pues bien, me quedaré,
si estar en casa prefieres.
Mas á Inés se lo ofrecí...

ESCENA XI.

DICHOS, DOÑA INES *y* ANA.

INES. Llamábais?
FERN. Sí; ya no vamos
á las fiestas; nos quedamos. (*Se sienta.*)
BEATRIZ. Vas á privarte por mí
de verlas?
FERN. Y por qué no?
Gozo yo donde no estés?
BEATRIZ. Si llevas contigo á Inés,
qué falta allí te haré yo?
Y que la lleves es justo....
INES. Yo no....
BEATRIZ. (Importa al sosiego (*Ap. á Inés.*)
de mi casa.) Te lo ruego. (*A Fernando.*)
INES. (Dios mio!)
BEATRIZ. Dáme ese gusto.
No la ofreciste?...

FERN. Si á fé.
BEATRIZ. Pues bien, llévala por mí.
(Ruégale, Inés, ó que allí
se esconde un hombre diré.)
INES. (Oh!) No sabeis que mi hermana
se goza en la soledad?
FERN. Basta; los mantos sacad.
INES. Sácate los mantos, Ana.
(Ana se va y vuelve con los mantos.)
FERN. Mas siento mucho que aqui
te quedes, que si he dispuesto
salir, fue con el pretesto
solo de sacarte á tí.
INES. (Ay Ana! Perdida soy.)
ANA. (Por qué?)
INES. (A D. César ha visto.)
ANA. (Qué decís?)
FERN. Vamos. (Por Cristo!
que de mala gana voy.)

(Los semblantes de todos deben espresar los sentimientos que á cada cual dominan en esta situacion.)

ESCENA XII.

DOÑA BEATRIZ.

Dios mio! cuánto he sufrido!
Que angustiosa situacion!
no sé por qué el corazon
del pecho no se ha salido.
Y ese hombre!... Ocasion es
de que salga... Dios sagrado!
Oh! Qué tormento he pasado!
Yo te lo perdono, Inés!
(Abre su estancia.)

ESCENA XIII.

DOÑA BEATRIZ, D. CESAR.

BEATRIZ. Partid.
CESAR. Gracias, señora.
BEATRIZ. Ni una palabra mas.
CESAR. Si no os agravio,
que os hable permitid.
BEATRIZ. Estoy casada
y me debo á mi honor.
CESAR. No temais nada,
que el respeto es alcaide de mi labio:
no temais, no, Doña Beatriz, que os pida
cuenta de aquellos dias venturosos,
que mi ausencia borró; no, por mi vida;
que aunque el recuerdo aqui grabado llevo,
por prenda agena, por mujer casada,
no quejas ya, sino respeto os debo.
BEATRIZ. Hablad.
CESAR. Tan solo os pido
el perdon para Inés: desde esa estancia,
donde estuve escondido,
sus quejas escuché; sentí su llanto,
y oí vuestros clamores,
que, si mal no recuerdo, la acusaban
de acojer en su pecho mis amores.
Oh! por qué tan cruel? por qué tirana
quereis quitarme la esperanza mia?
Por qué quereis, impía,
ya que á Beatriz perdí, pierda á su hermana?
BEATRIZ. Vos me lo preguntais? pudiera un dia
(*Sin poderse contener.*)
cuando de amor y de esperanza loca
os aguardara Inés, la nueva triste
de otra ausencia escuchar de vuestra boca,
y amante resignada,
os pudiera dejar, esperanzada
con la vuelta, partir á estraña tierra

sin sospechar engaños,
y al cabo de tres años
la pudieran decir que allá en la guerra
su amante pereció; y abandonada
al verla, sus mayores
la pudieron casar; y ya casada
pudiera hallarse á su galan un dia...
y... no mas, nada mas; seré tirana,
(*Con indignacion.*)
seré con ella impía,
que no consentiré, por vida mia,
que lo que sufro yo, sufra mi hermana.

CESAR. Beatriz!... Beatriz!

BEATRIZ. Ya basta, caballero.
Idos.

CESAR. Me habeis de oir.

BEATRIZ. Yo no lo quiero.

CESAR. No lo quereis, y vuestra voz me culpa!
Bien haceis, vive Dios, que siempre ha sido
de quien falta, negarse á la disculpa.

BEATRIZ. Culpada yo!

CESAR. Quereis con esa historia
negar, por mi tormento,
que habeis sido en mi largo apartamiento
frágil de corazon y de memoria?
Bien; negadlo; no intento
contrariaros, señora: yo algun dia,
á mi vuelta de Italia,
pediros cuenta de mi amor debia.
Tal vez con loco empeño
buscaros intenté: mas, ay! mi alma
de vos por apartarme, me decia
que la mujer que me llamó su dueño
de otro amor al arrullo se dormia.
Y en mi empeño cejé: y aunque grabada
dentro del corazon quedó la pena,
el alma enamorada,
si os rechazó, Beatriz, por ser agena,
os respetó, Beatriz, por ser casada.

BEATRIZ. Oh! silencio!.... (*Con dolor.*)

CESAR. Me importa
mi historia referir, será muy corta;

que no quiero con ella
fatigar vuestro oido
relatando rigores de mi estrella.
A la guerra partí; bien sabeis cuando
lidié y perdí; tres años prisionero
estuve allá mi libertad ansiando.

BEATRIZ. Tres años!

CESAR. Tres; y en mi prision estrecha,
solo á España veia,
solo en ella pensaba,
que en ella me esperaba
la que era el sol de la esperanza mia.

BEATRIZ. Y yo... necia de mí!.... terrible suerte!
dí crédito á las nuevas
que corrieron aquí de vuestra muerte.
Oh! nada me conteis! (*Desconsolada.*)

CESAR. Al cabo á España
la vuelta dí, y amante apasionado,
á Sevilla volé: pregunto, inquiero....
inútil afanar! Qué es lo que espero?
La mujer que yo amé se habia casado!

BEATRIZ. Silencio, por piedad!

CESAR. Pensad, señora,
en la pena cruel, desgarradora,
que entonces sufriria
el hombre que por premio á su constancia
desengaño tan fiero recibia.

BEATRIZ. Oh! qué horror!

CESAR. Vanamente
quise ahuyentar de mi abrasada mente
su imágen: noche y dia
por borrarla pugné; pero fué en vano:
solo arrancando el corazon mi mano
esa imágen de amor borrar podia.

BEATRIZ. Desdichada de mí!

CESAR. Cuánto he sufrido!
oidme: una mañana
entré en la catedral; y allí en el punto
donde mis ojos por la vez primera
bebieron vuestro amor....

BEATRIZ. Sí, sí, comprendo.

CESAR. Ví una mujer: vuestro reflejo era.

La ví y la amé; que Dios compadecido
de mi pena tirana,
para calmar mi pecho dolorido
quiso aquella mañana
que os siguiera adorando en vuestra hermana.

BEATRIZ. Basta.... basta.

CESAR. Y en tanto,
qué era de vos? mecida entre las flores
de la quinta frondosa
en que os hallé otra vez, quizá gozosa
sin cuidaros de mí, y ébria de amores,
y de contento llena,
caricia por caricia devolviais
al que causó mi mal y mi honda pena.

BEATRIZ. Eso pensais de mí! de mí, Dios mio!
de mí que os adoré con desvarío,
de mí que os he llevado
siempre en mi corazon enamorado;
de mí que tanto lloro,
eso pensais de mí que aun os adoro!

CESAR. Oh!... Beatriz!... mi Beatriz!...

BEATRIZ. Perdon os pido!
(*Reponiéndose.*)

CESAR. Decidme que me amais.

BEATRIZ. No, no; he mentido.
Ay de mí desdichada!...
no puedo amaros yo, ya estoy casada.

(*Pausa durante la cual los dos espresan en el semblante el dolor y la resignacion.*)

CESAR. A dios!... por siempre...

BEATRIZ. Sí, por siempre: nada
debe existir entre los dos que avive
una llama en mal hora alimentada.
Tomad; la rica prenda
que en fé de vuestro amor acepté un dia
como sagrada ofrenda;
esa prenda, testigo
de mi eterno dolor y mi agonía,
indigno fuera retener conmigo.
Vuestro anillo os devuelvo; con él lanza
el corazon de angustia traspasado

de nuestro bien pasado la esperanza.
(*Le da el anillo del Rey.*)
Ahora, partid.

CESAR. Dejadme... (*La toma una mano.*)

BEATRIZ. Ni un instante,
ni un solo instante mas: partid os ruego;
libradme de este fuego
que abrasa mi virtud; no al negro abismo
arrastrarme querais: yo os amo, os amo,
pero no lo digais ni aun á vos mismo.

(*En el instante en que D. César besa la mano á Doña Beatriz, aparece en el fondo Doña Inés, que al verlos exhala un grito de asombro é indignacion.*)

ESCENA XIV.

DICHOS *y* DOÑA INES.

INES. Dios mio!

BEATRIZ. Mi hermana! (*Ocultándose el rostro.*)

CESAR. Inés...!

INES. Burlaban mi amor sincero! (*Desconsolada.*)

CESAR. Oh!...

INES. (*Con ira.*) No me hableis, caballero,
bien estabais á sus piés.
En buen hora se rompió
la carroza!...

BEATRIZ. (Dios eterno!
hay tormento en el infierno
igual al que sufro yo?)
Inés! Inés!.. (*En actitud suplicante.*)

INES. Ahí está
tu esposo.

BEATRIZ. Perdon, Inés! (*Con terror.*)

INES. Mi perdon pides...? (*Con indignacion.*)

BEATRIZ. No vés
que si hablas me matará?

ESCENA XV.

DICHOS, D. FERNANDO.

FERN. Estaba, Beatriz, de Dios!
Ya estoy de vuelta.
BEATRIZ. (Ay de mí!)
FERN. Mas qué veo! un hombre aquí!
Ah! caballero, sois vos?
(*Reponiéndose al reconocerle.*)
mi sorpresa perdonad.
CESAR. (Por Dios, que estoy, confundido!)
FERN. Sin duda hablarme ha querido
otra vez su Majestad,
y de su parte vendréis...
CESAR. No, no; he venido á buscaros,
porque á solas quiero hablaros.
FERN. Hablarme á solas quereis?
Bien está.
CESAR. Me importa mucho.
FERN. Idos.
BEATRIZ. (Dios mio! Qué hará?)
INES. (Cielos! cielos!...) (*Llorando.*)
(*Vanse las dos.*)
FERN. (Qué será?)
Podeis hablar, os escucho.

ESCENA XVI.

D. FERNANDO, D. CESAR.

CESAR. Poco os tengo que decir:
anhelo ser vuestro hermano.
FERN. Ah!...
CESAR. De Doña Inés la mano
os he venido á pedir.
Mi casa es de ilustre nombre,

de ella soy el heredero,
rico nací y caballero,
y del Rey soy gentil-hombre.
Y pues que todo se aduna
en mí para hacerme honor,
vereis que al buscar su amor
no aspiro á vuestra fortuna.
Esta mi demanda es.

FERN. Honor la haceis en verdad,
mas que consulte dejad
tal demanda con Inés.
Porque como Inés será
la que su estado decida,
no quiero yo, por mi vida,
obligarla.

CESAR. Bien está.

FERN. Mas ella os ama?

CESAR. Sí, á fé.

FERN. Entonces, tomad mi mano:
pienso que sereis mi hermano.

CESAR. Mucho de ello me holgaré.

FENR. Muy nuestro será el honor,
que desque os ví, caballero,
que sois hombre considero
de prendas de alto valor.

CESAR. Ahora que parta dejad.

FERN. A Dios: vuestra es esta casa;
de ella posesion sin tasa
cuando os venga bien tomad.

ESCENA XVII.

D. FERNANDO, DOÑA BEATRIZ, DOÑA INES.

FERN. Beatriz, Inés. (*Llamando.*)

BEATRIZ (Ah!)

NES. (Se ha ido!)

FERN. Por Dios, que estoy asombrado!
Por qué me habeis ocultado
lo que ahora mismo he sabido?

INES. (Ah!)
BEATRIZ. (Cielos!)
FERN. Todo lo sé.
BEATEIZ. (Oh!..) (*Con espanto.*)
FENR. Me lo estabais callando!
BEATRIZ. Ah! perdon, perdon, Fernando!
(*Se arrodilla.*)
FERN. Yo perdonarte!.. De qué? (*Conteniéndola.*)
BEATRIZ. (Oh! me ha vendido el villano!)
FERN. Qué hay en esto que te asombre?
á Inés amaba ese hombre,
y me ha pedido su mano.
BEATRIZ. (Ah!...)
INES. Qué!... mi mano os pidió? (*Con ira.*)
FERN. Te estraña, por vida mia?
no le amabas?
INES. Le amé un dia,
mas hoy... le aborrezco.
BEATRIZ. (Oh!...)
(*Se sienta desfallecida.*)
FERN. (Qué es esto?—Qué pasa aquí?
Beatriz! Beatriz!...
BEATRIZ. (Justos cielos!)
FERN. (El infierno de los celos
siento despertarse en mí!)
Qué tienes?
BEATRIZ. (Perdida soy!)
Me muero! (*Con acento dolorido.*)
FERN. Acude á tu hermana.
No vés cuanto sufre?—Ana... (*Llamando.*)
Ana!—(Ciego de ira estoy!)

ESCENA XVIII.

DICHOS *y* ANA.

FERN. Id... conducidla... (Oh furor!)
Ved... su estancia tiene abierta.

(*Doña Inés y Ana se llevan á Doña Beatriz: D. Fernando las sigue con los ojos centellantes.*)

ESCENA XIX.

D. Fernando.

Alerta, Fernando, alerta,
que está en peligro tu honor!
En mucho peligro, sí;
ciego el amor me ha tenido!...
mas si mi honor has vendido,
Dios tenga piedad de tí!
Ella me pidió perdon...
Y lo pide la inocencia?
nunca, no: fué la conciencia
que hizo hablar al corazon.
Su traicion está patente;
cubierta está de mancilla:
nunca ante un hombre se humilla
una mujer inocente.
Aquí el mensajero hallé,
la mano de Inés pidió,
pero Inés me la negó...
por qué la niega? por qué?..
ah! porque, amante infeliz,
no querrá que quien la ama
tenga á su hermana por dama...
Oh! sí: me vende Beatriz.
Claro está... Tema el furor
que en mi pecho se despierta:
alerta, Fernando, alerta,
que está en peligro tu honor.
(*Váse por el fondo.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Decoracion anterior.

ESCENA PRIMERA.

ANA *entra por el fondo.*

Ya están las luces aquí
y el estrado está desierto:
algo ocurre en esta casa
que en vano saber intento.
Qué será? Doña Beatriz
aun reclinada en su lecho
yace; tambien Doña Inés
duerme... ó llora: D. Fernando
aun de la calle no ha vuelto;
lo repito, en esta casa
algo ocurre que no entiendo:
veré si tomando el hilo
puedo dar al fin con ello.
Escondido en esa estancia,
por no haber otro remedio,
quedó un hombre: en peor hora
no pudo salir del templo
Doña Beatriz; que ese hombre
fué por ella descubierto,
ya lo sé por Doña Inés;

y si se negó al paseo
Doña Beatriz, fué, sin duda,
por dar libertad al preso,
que en ello le iba la honra
de su hermana, y su sosiego.
Esto está bien... pero aquí
llega lo que yo no entiendo.
Salimos de casa: á poco
el imbécil del cochero
dobla una esquina tan mal,
que de la rueda al encuentro
se descompuso la caja
y á pié que volver tenemos
á desandar lo corrido.
Llegamos... y aqui ya pierdo
el hilo... Doña Inés sube
agitada y sin aliento;
D. Fernando va tras ella
sosegado; yo me quedo
en el patio conversando
con lacayos y escuderos.
Qué pasó entonces?—No sé:
tan solamente recuerdo
que tropecé con D. César
de la escalera al estremo;
que pasó sin saludarme,
y que despues sentí el eco
de la voz de D. Fernando
que me llamaba; y ya dentro
de la sala, descubrí
á Doña Inés de gran ceño,
á Doña Beatriz sin vida
y á D. Fernando severo.
Esto es lo que sé, y al cabo
que no sé nada comprendo.
Mas no importa, lo sabré,
pues dicen que no hay secreto
que una mujer no descubra
por mucho que esté encubierto.
Mas aquí está Doña Inés,
ella lo dirá, callemos.

ESCENA II.

DOÑA INES *y* ANA.

INES. Traidor!... traidor!... me engañaba!
(*Fija en su idea.*)
falso fué su juramento;
necia de mí!... le creí...
mas ay!... Cómo no creerlo?
le amo tanto!...
ANA. Doña Inés!...
INES. Ay Ana!.. eres tú?.. silencio.
ANA. No hay nadie; Doña Beatriz
aun no ha dejado su lecho,
fuera se halla D. Fernando,
con que hablar podeis sin miedo.
INES. Hablar!.. Solo llorar sé.
ANA. Tanto padeceis?
INES. Padezco
Ana, mas tormentos juntos
que puede dar el infierno.
Sabes tú lo que es amor?
Sabes tú lo que son celos?
Pues si uno y otro conoces,
mira si estaré sufriendo.
ANA. Pero D. César...
INES. D. César!...
Su nombre escuchar no quiero;
nunca lo pronuncies, Ana,
me ha vendido y lo aborrezco.
ANA. Qué os ha vendido decís?
por Cristo que no lo creo:
pues no juró que os amaba?
INES. Me mintió.
ANA. No es caballero?
INES. Caballero!... no lo es tal
quien viene amores fingiendo
á una mujer inocente
que solo supo quererlo.
ANA. Pero cuándo habeis sabido

de su traicion el suceso?

INES. No me lo recuerdes, Ana,
porque al recordarlo, siento
que indignado el corazon
me quiere romper el pecho.

ANA. Perdonad; pero es tan duro
cuanto me decís, que creo
que habreis estado dormida
y que la ilusion de un sueño
tornais como realidad.

INES. Dormida! pluguiera al cielo
que en los brazos de la muerte
hubiera estado durmiendo
antes de... pero no mas,
no mas, Ana, te lo ruego:
no vés que sufro y que lloro
y que de dolor fallezco?

ANA. No mas; muy bien, callaré,
que molestaros no quiero;
mas, por Dios, que no pensára
lo que os está sucediendo.
Quién en un galan se fia?
Oh!... mal rayo en el primero!
Y á la verdad, en D. César
me estraña mas, lo confieso.

INES. Por qué te estraña? No es hombre?
pues es ingrato y perverso
como todos.

ANA. Decís bien;
pero hay hombres de quien menos
es lícito sospechar
y es D. César uno de ellos.

INES. Por qué?

ANA. Porque diz que el rostro
fué siempre del alma espejo.

INES. Pues el espejo esta vez
ha sido bien lisonjero.

ANA. Ademas...

INES. No le defiendas,
Ana.

ANA. Yo no le defiendo;
pero es dificil creer

en su traicion: aun recuerdo
la historia que me contó
de las penas y tormentos
que por vos pasó el cuitado
perdiendo paciencia y tiempo
en buscarnos; ya os lo dije,
fiel galan, amante tierno,
mientras que las dos estábamos
allá en la Quinta gimiendo
vos por el y yo por vos,
él solícito é inquieto
iba, buscaba, inquiría,
y aun pasó dias enteros
al frente de vuestra casa
por saber de vos; es cierto
que al fin desesperanzado
partió á la corte; mas lejos
de olvidaros, con la ausencia
se acrecentó su ardimiento.
Que lo diga sino el gozo
que sintió en la Quinta al vernos,
que lo diga su ansiedad,
y que lo diga el anhelo
con que acudió á vuestra reja
anoche. Tales estremos,
sino son de enamorado,
por Dios que á decir no acierto
de que serán.

INES. De traidor.

ANA. Y esta mañana, tan presto
como el recado le dí,
no dejó todo por veros?
Pues esto qué significa?

INES. Que está en la traicion esperto,
que es villano por demás,
y que otro amor encubriendo
á la sombra de mi amor
vino... mas callarlo debo;
nada me preguntes, Ana,
nada por Dios, que hay secretos
á los cuales es forzoso
dar sepultura en el pecho.

ANA. (Qué quiere decir!... presumo
que ya mas claro voy viendo
en el asunto!—) Mas cuándo
su falsedad descubierto
habeis?

INES. Basta, Ana.

ANA. Porque si mal no recuerdo,
vos con nadie habeis hablado
que pudiera informes nuevos
daros de D. César.

INES. Basta.

ANA. A bien que en el corto tiempo
que aquí estamos, no es posible
que vinieran con enredos
á sorprender...

INES. Sorprender!...
(*Sin poderse contener.*)
pues qué, mis ojos no vieron?...
se engañan nunca los ojos?
no los ví aquí?... Santos Cielos!...
(*Recobrándose.*)
que he dicho!... qué he dicho!... no,
nada he visto....

ANA. (Ya comprendo.)

INES. Ana... tú has adivinado!...
Sí, sí, en tus ojos lo veo;
pero, por Dios...

ANA. Callar sé.

INES. Su honor es mi honor.

ANA. Silencio;
alguien viene... D. Fernando.

INES. Oh!... me iré... no quiero verlo:
engañarle así!... venderle!...
de pensarlo me avergüenzo!
(*Entra precipitadamente en su habitacion.*)

ESCENA III.

Don Fernando, Ana. *Don Fernando con el semblante meditabundo se de tiene al ver á Ana que arregla las luces.*

Fern. (En cualquier parte, ay de mí!
creo ver un enemigo
de mi deshonra testigo:
qué hará esta doncella aquí?
Si á preguntar me atreviera!...
Ella sabrá de mi honor
la historia y...) Ana. (*Llamando.*)
Ana. Señor.
Fern. Escucha... no, vete fuera.
Ana. Necesitais algo?
Fern. Nada.
Ana. Pensé!...
Fern. Nada, sal de aquí.
(*Sigue á Ana con la vista.*)
Quién pregunta, pésie á mí,
por su honor á una criada?

ESCENA IV.

Don Fernando, *paseando.*

Criados!... Clarines son
que en el viento resonando,
van á voces pregonando
procesos de infamacion.
Qué necio, para su mengua,
ciego y mal aconsejado,
fió un secreto á un criado
sin quitarle antes la lengua?
Y yo, imprudente de mí!...
de un secreto que no sabe
acaso, á darle la llave
iba?... á tiempo lo advertí!...
Mas, vive el cielo... quién es

quién no atropella por todo,
cuando vé su honra en el lodo
hecha alfombra de los piés?
Ira de Dios!... esto á mí,
á mí, que honrado y leal
con mi mano, por mi mal,
mi vida y honor la dí!
Mas ay!... en vano me irrito;
mal hago en exasperarme;
que al cabo para vengarme
pruebas claras necesito.
Y en dónde las hallaré?
dónde?... Alumbradme mis celos,
que están clamando á los cielos
mi honor manchando y mi fé.

(Se detiene junto á una mesa á tiempo que sale Doña Beatriz alterada.)

ESCENA V.

D. Fernando, Doña Beatriz.

Beatriz. Fernando!...
Fern. *(Obremos con calma.)*
Cómo!... el lecho dejas?
Beatriz. Sí,
que no sé lo que temí
cuando aquí te sintió el alma.
Qué tienes?
Fern. Nada, pardiez.
Beatriz. No, no, tú estás agitado.
Fern. Depon, Beatriz, el cuidado,
vuélvete al lecho otra vez.
No es nada, duerme, reposa,
tranquilízate... (por Cristo
que es culpable!... Quién se ha visto
en situacion mas penosa?)
Beatriz. No, ya las fuerzas cobré.
Fern. Mucho tu mal me asustó!
Beatriz. Fué un vahido.... ya pasó.

FERN. Horrible el vahido fué!
BEATRIZ. Es tan estraño y fatal
el mal que padezco!..
FERN. Y tanto,
(Con intencion.)
que está causándome espanto
la estrañeza de ese mal.
Buscar debemos un medio
para atajarlo; y estoy
en que, de no hacerlo hoy,
mañana no habrá remedio.
Todo así en el mundo empieza;
el árbol recien salido,
siempre crecerá torcido
si al nacer no se endereza.
El remedio buscaré
para tu mal, yo lo fio.
BEATRIZ. (No sé que tiene, Dios mio,
que me espanta.)
FERN. Siéntate,
(Presentándola una silla.)
que estás débil por demas,
y...
BEATRIZ. Tanto me sorprendí...
FERN. En verdad que lo advertí!
Pero el motivo sabrás
de ese temor que te aqueja,
y depóndraslo al momento.
BEATRIZ. Pues cual fué la causa?
FERN. Un cuento.
BEATRIZ. Un cuento!...
FERN. Y cuento de vieja.
En ese libro lo halló
mi curiosidad.
(Señala uno de la mesa.)
BEATRIZ. (Dios santo!...)
FERN. Mas gustóme el cuento tanto,
que al cabo me arrebató.
Te lo contaré, Beatriz,
porque asombra y maravilla.
Hubo un tiempo... aquí, en Sevilla,
un matrimonio feliz.

Matrimonio cuya estrella
hizo que siempre el esposo
viviera amante y gozoso
con su esposa honrada y bella.
Y se amaban... qué fortuna!...
con tanta pasion los dos,
que hay quien afirma que Dios
fundió sus almas en una.
Pues á sus mútuos antojos
tanto uno y otro atendian,
que adivinarse querian
solo en la luz de sus ojos.
Y en esta felicidad
fueron los años corriendo,
los dos en su amor teniendo
esclava la voluntad.
Pero zeloso el demonio
de tanto amor...

BEATRIZ. (Qué tortura!)

FERN. Vino á turbar la ventura
y la paz del matrimonio.
Que en su diabólico afan,
hizo que la esposa artera
su honor y virtud perdiera
por el amor de un galan.
Y el esposo inadvertido
siempre de ella enamorado,
siempre en su amor confiado,
y en su amor embebecido,
lleno de fé y de alegría
arrullábase en los brazos,
de la infame que á pedazos
su honor y su fé rompia.
(*Un momento de pausa.*)
Lo que no recuerdo yo,
porque es frágil mi memoria,
es cómo cuenta la historia
que el esposo lo advirtió.
Mas pues lo supo...

BEATRIZ. (Oh tormento!)

FERN. El cómo fué nada importa,
con eso será mas corta

la narracion.—Sigo el cuento.
Cuando los ojos abrió
á su desdicha el esposo,
airado, aunque cauteloso,
en su venganza pensó,
y en su celoso despecho,
quiso en el primer instante
coser ciego y delirante
á puñaladas su pecho.
Mas, atendiendo á su honra,
su ira calmó; pues veia
que con su daga abriria
cien bocas á su deshonra,
que dirian á los cielos
con satánica malicia:
«no la mató con justicia,
»porque la mató con celos.»
Entonces buscó otro medio
y le halló, y dijo...

BEATRIZ. (Qué horror!...)

FERN. Médico soy de mi honor,
yo á mi mal pondré remedio.
Y sabes quién su mancilla
borró, Beatriz?

BEATRIZ. (Cielos.) Quién?

FERN. Pásmate!... Un hombre de bien,
un sangrador de Sevilla.

BEATRIZ. Cómo!... *(Espantada.)*

FERN. El esposo lo halló
en un callejon estrecho,
púsole la daga al pecho
y los ojos le vendó.
Y con marcha cautelosa,
fueron, volvieron, tornaron,
hasta que por fin entraron
en la estancia de su esposa.

BEATRIZ. Y la sangró? *(Con horror.)*

FERN. La sangró.

BEATRIZ. Castigo fué bien cruel!...

FERN. Pues qué culpa tuvo él
si la venda se aflojó?
A la mañana siguiente,

díz que el pueblo sevillano
miró estampada una mano
de sangre negra y reciente
de una casa en la pared;
si la estampó el sangrador,
obró como hombre de honor
que hizo á la casa merced.
Supo D. Pedro este caso,
D. Pedro, el Rey Justiciero...,

BEATRIZ. Y qué?

FERN. Absolvió al caballero
que salió del rey al paso
esclamando: «Siempre acierta
el que á una traidora mata:
quien en curas de honor trata,
pone su escudo á la puerta. (1)
Qué tal la conseja?

BEATRIZ. Oh!...

FERN. Justo en su castigo estuvo,
que si ella liviana anduvo
con sangrarla se vengó.
Y si á mí me sucediera *(Exaltado.)*
un caso tal; si perjura
mi honor mancharas impura,
por Dios, que lo mismo hiciera.
Que para limpiar mi honor...

BEATRIZ. Qué dices? *(Con dignidad.)*

FERN. Por vida mia!
pienso que no faltaria
en Sevilla un sangrador.

BEATRIZ. De mi honor á dudar vás?
Pues en mi porte qué has visto
para sospechar?...

FERN. Por Cristo, *(Recobrándose.)*
que desacertada estás!
Sospechar!... nada sospecho
de tí, que si sospechara,
yo mismo me castigara,

---

(1) Pensamiento de Calderon en el *Médico de su honra.*

Beatriz, por haberlo hecho.
No te conozco? no sé
cuánto, Beatriz, tu alma vale?
No sé que no hay quien te iguale
en guardarme honor y fé?
Pues si lo sé... no te azores...
mas ten presente...

BEATRIZ. (Qué horror!...)

FERN. Que para manchas de honor,
dá Sevilla sangradores. (*Váse por el fondo.*)

ESCENA VI.

DOÑA BEATRIZ, *con espanto.*

Sangradores!... Dios eterno!...
querrá matarme!... Sí, sí;
que en sus ojos brillar ví
todo el fuego del infierno.
Piensa que culpada estoy,
y mi muerte me ha advertido
con ese cuento fingido!...
Dios mio!... perdida soy...!
A dónde ampararme iré
de este peligo?... mi hermana
me rechazará tirana
creyendo que le robé
su dicha!... qué horror! qué horror!
no hay duda, me matará,
que como celoso está,
cree que he vendido su honor.
Huiré!... y á dónde?... Dios mio!
Si huyo, culpable me haré!...
Santo Dios ampárame,
yo en tu justicia confío.
Aquí me quedo á morir,
que presumo que es mejor,
salvar, muriendo, el honor,
que perderlo por huir.
Oh! morir!... Qué importa? Nada:

sí, diga el mundo clemente,
»aquí murió la inocente,»
no «aquí huyó la deshonrada.»

(*Al sentir el ruido de la puerta de Doña Inés, procura serenarse.*)

ESCENA VII.

DOÑA BEATRIZ, DOÑA INES.

BEATRIZ. (Inés!)
INES. (*Ap.*) Beatriz!... Santos cielos!...
Solá aquí! qué aguardará?
A D. César, claro está;
bien me lo dicen mis celos:
Pronto á su esposo ahuyentó!
BEATRIZ. Qué quieres? (*Con dignidad.*)
INES. Vengo á buscarte...
BEATRIZ. Para qué, Inés?
INES. Para hablarte
de cosas que importan.
BEATRIZ. (Oh!
qué irá á decirme?)—Está bien,
habla: te estoy escuchando.
INES. (De cólera estoy temblando.
Quién sufre tanto desden?) —
Dos meses hace, Beatriz,
que por mis lágrimas cuento,
los instantes de tormento
de mi destino infeliz.
Pues sabes que mi alvedrío
he tenido esclavizado,
desque me llevó á tu lado
la inquietud de nuestro tio.
Guardadora de mi honor
te declaró, cual si fuera
delito el que yo admitiera
de un caballero el amor.
Mas pues lo quiso, callé;
y á mi suerte resignada,
viví solo esperanzada

de D. César en la fé.
Y pese á tantos enojos,
su amor te hubiera callado
á no haber adivinado
la compasion en tus ojos.

BEATRIZ. Inés á ofenderme vás,
mira lo que dices.

INES. Oh!
la verdad nunca ofendió
y hoy de mis labios la oirás.
Y aunque te cause tormento,
has de escuchar, por mi vida,
mi postrera despedida;
porque quiero en un convento
ir á encerrar mi dolor.

BEATRIZ. En un convento!...

INES. Sí á fé,
que en el cláustro olvidaré
la desdicha de mi amor.

BEATRIZ. Tú, Inés?

INES. Qué espero yo aquí?
No me engañásteis los dos?
Pues bien, en cambio, yo á Dios
por él rogaré y por tí.

BEATRIZ. Cómo!... tú de mi honor crées
tamaña debilidad!...
Tú has creido...

INES. Sí, en verdad,
pues no lo he visto á tus piés?

BEATRIZ. Oh!... *(Dolorosamente.)*

INES. Proceder tan traidor,
nunca lo hubiera creido,
á no habérmelo advertido
tu repentino rigor.
Que eso me quiso decir,
que eso me quiso indicar,
tu contínuo vijilar
y tu contínuo reñir.
Por eso con vil traicion
anoche...

BEATIZ. En tu injuria ceja.

INES. Cerraste, Beatriz, la reja

y esta mañana el balcon.
Y ahora de tí, qué dirán,
si sospechan que villana
robaste infiel á una hermana
el amor de su galan?

BEATRIZ. Dios santo!... (*Arrebatada.*)

INES. Yo te abandono
su amor.

BEATRIZ. Qué has dicho?.. Señor,
(*Cogiéndola de la mano con ira.*)
vés cómo ultraja mi honor?
Basta, Inés... yo te perdono. (*Rechazándola.*)
Perdonadla, santos cielos,
que es muy digna de perdon;
ama... y ama con pasion,
es muy niña... y tiene celos.
(*Váse á su habitacion.*)

ESCENA VIII.

DOÑA INES *sola.*

Te vás!... huyes mi presencia!...
anda, bastante castigo
llevarás siempre contigo,
si es severa tu conciencia.
Guarda para tí el perdon
que al cielo pides contrita;
que perdones necesita
quien con tan villana accion
á los cielos ha ofendido!...
Pero... qué veo!... él aquí!...
(*Mirando afuera.*)
Oh!... qué bien lo presumí;
le esperaba y ha venido.

ESCENA IX.

DOÑA INES *y* D. CESAR.

CESAR. Inés!...
INES. Nada entre los dos
existe ya, caballero;
idos, que escuchar no quiero
vuetras disculpas; á Dios.
CESAR. Inés... me arrojais!...
INES. Sí, á fé:
vuestro artificio fué vano;
por salvar su honor, mi mano
solo pedísteis...
CESAR. Y qué? (*Con ansiedad.*)
INES. Podeis estar satisfecho;
ya no os estorbo.
CESAR. Ay de mí!
Os habeis negado?
INES. Sí.
CESAR. Inés! Inés!... Qué habeis hecho?
INES. Lo que debí.
CESAR. Vive Dios!... (*Despechado*)
si aborreceros pudiera,
Inés... os aborreciera.
INES. Ya os aborrezco yo á vos.
(*Váse á su habitacion*)

ESCENA X.

D. CESAR, *solo.*

Se ha negado!... se ha negado!
Eso me esplica, por Cristo,
como si lo hubiera visto
todo cuanto aquí ha pasado.
Inés celosa... Beatriz
devorando su tormento...

D. Fernando sin aliento
adivinando... infeliz!...
Y este anillo que me dió,
anillo que el soberano
hoy, segun dijo, en la mano
del esposo colocó
en prenda de amistad pura;
y que el rey cree desairado
viéndolo en mí!... Dios sagrado,
todo en su mal se conjura.
Oh!... cómo la avisaré?
Aun es tiempo: á D. Fernando
del rey con un paje hablando
no lejos de aquí encontré.
Irá á palacio...! Y sabrá
lo del anillo, y... qué horror!
se creerá herido en su honor
y airado la matará.
Sí, Beatriz, está perdida!
Cómo salvarla podré?
no sé; mas la salvaré
aunque me cueste la vida.

ESCENA XI.

D. Cesar, *y* Ana *que entra por el fondo.*

Ana. Vos aquí!
Cesar. Sin duda el cielo
á mí te envia.
Ana. Señor,
ved que:..
Cesar. Pronto, por favor,
dí á Doña Beatriz que anhelo
verla.
Ana. Es imposible.
Cesar. Vé,
avísala, quiero hablarla.
Ana. Oidme.

CESAR. Vé que á matarla
su esposo...
ANA. Todo le sé.
CESAR. Entonces...
ANA. Dejadme hablar.
CESAR. Vamos, bien, habla, por Cristo,
pronto.
ANA. A D. Fernando he visto.
CESAR. Cielos!...
ANA. Acaba de entrar.
CESAR Ana...
ANA. Escondeos ahí. (*En su habitacion.*)
CESAR. Bien, desde aquí velaré.
ANA. Yo á Doña Inés prevendré.
Qué vá á suceder aquí?
(*Entrase en la de Doña Inés.*)

ESCENA XII.

D. FERNANDO, *pálido, y con un papel estrujado en la mano: al entrar arroja el sombrero en una silla con rabia.*

Qué cuenta, mi honor, qué cuenta
al mundo de tí darás?
Ya qué dudas, cuando estás
frente al padron de tu afrenta?
Vivo manantial de enojos
es este papel, pardiez;
léelo, mi honor, otra vez,
aunque se salten mis ojos.
«De amistad en prueba, ufano, (*Lée.*)
»hoy mi anillo real os dí,
»pero esta tarde le ví
»que brillaba en otra mano.
»Solo es propio al Soberano
»escoger de entre su grey
»á quien darlo, y pues su ley
»vos traspasais desleal,
»sabed que habeis hecho mal;

»volvedme el anillo.—El Rey.»

(*Despues de un momento en que el semblante del actor revele la hiel de su corazon.*)

Yo lo entregué á una mujer,
y esa mujer lo manchó:—
honrado el rey me lo dió,
honrado lo he de volver.
Mas procedamos con tiento:
(*Con calma aparente.*)
cómo lavó su deshonra
el médico de su honra,
aquel marido del cuento?
Los criados despidió!...
fué proceder con prudencia:
luego su justa sentencia
á la perjura leyó.
Dejóla cerrada y fué...
Basta; son pasos contados;
despediré á los criados
y á advertidla volveré. (*Se vá por el fondo.*)

ESCENA XIII.

Doña Beatriz, *sola. Sale de su estancia asustada.*

Cielos! qué va á ser de mí
si no me dais vuestra ayuda?
Su anillo es este! no hay duda,
fué el del Rey el que le dí.
Loca de mí, inadvertida,
que, para ahuyentar su amor,
le fuí á dar contra mi honor
una prueba!... soy perdida!
Y, en tal conflicto, qué haré?
Le escribo... sí, sí...! Dios mio!
pero luego... á quién confío
esta carta?—No lo sé.—
Ana? sí; de quién mejor
podré?... Cielos soberanos,

valedme; ved en qué manos
tengo que poner mi honor!...

(*Se sienta á escribir, y á poco aparece D. Fernando que irá aproximándose poco á poco á Doña Beatriz.*)

ESCENA XIV.

DOÑA BEATRIZ, *y* D. FERNANDO.

FERN. (Beatriz!... y escribiendo está!..)
BEATRIZ. Señor, ayudadme ahora! (*Acabando.*)
FERN. De mi fama vendedora,
venga ese billete.
BEATRIZ. Ah!
(*Lanza un grito y se desmaya.*)
FERN. Ya con este proceder
dejo el cuento concluido:
que así sorprendió el marido
la traicion de su mujer.

ESCENA XV.

DICHOS: D. CESAR, DOÑA INES *y* ANA.

CESAR. Ese grito!...
INES. La mató!...
(*Corriendo á su hermana.*)
Beatriz, hermana... ay de mí!...
FERN. Dios me valga!... Vos aquí?
Quién os ha escondido?
(*Poniendo mano á la espada.*)
INES. Yo (*Interponiéndose.*)
FERN. Tú, Inés!...
INES. Yo, sí.
FERN. Bien está.
(*Reponiéndose.*)
Ana.
INES. (Qué irá á hacer?)

ANA. Señor.
FERN. Vete, un proceso de honor
á ventilarse aquí vá
que á tí no te importa oir.
Sal.
ANA. (Desdichada señora!) (*Saliendo.*)
(*D. Fernando cierra todas las puertas.*)

ESCENA XVI.

DICHOS, *menos* ANA.

FERN. Solos estamos ahora,
y vais á hablar sin mentir.
INES. Nunca mi labio mintió.
CESAR. Caballero! (*Ofendido.*)
FERN. Hablad con tasa; (*Airado.*)
cuidad que estais en mi casa,
y en mi casa mando yo.
Inés, aquesta mañana,
la mano, el amor y el nombre
despreciaste de este hombre,
á presencia de tu hermana.
CESAR. Hombre solo!... En buena ley
(*Volviendo por su dignidad.*)
tratadme, y como quien soy;
del rey al servicio estoy.
FERN. Yo en mi casa soy el rey.
Inés.
INES. Callad por favor! (*A D. César.*)
FERN. Habiéndolo despreciado,
cómo en mi casa lo he hallado
y escondido ahí?...
INES. Señor,
escusad esplicaciones;
pues que yo lo desprecié
amándolo, á él daré
solo mis satisfacciones.
FERN. Esa una evasiva es;
pero escúchame.
BEATRIZ. Ay de mí! (*Volviendo.*)

FERN. Tú amas á ese hombre?
INES. Sí.
FERN. Y quién es sabes, Inés?
CESAR. Un caballero.
FERN. Un villano; (*Con ira.*)
sois un ladron!...
CESAR. Tal sonrojo!...
(*Echa mano á la daga.*)
FERN. Sí, sí, un ladron á quien cojo
(*Cogiéndole de la mano.*)
con el delito en la mano.
CESAR. Qué delito?
FERN. Vedlo ahí;
con ese anillo, traidor,
me habeis robado el honor;
yo he de recobrarlo aquí.
CESAR. Tomad. (*Se lo quita.*)
FERN. Me lo dais en vano.
CESAR. Qué pretendeis, caballero?
FERN. Solo el anillo no quiero,
quiero el anillo... y la mano.
CESAR. Bien está: si así creeis
(*Despues de un momento.*)
vuestro honor recuperar,
por mí no habrá de quedar,
cortar la mano podeis. (*Se la ofrece.*)
FERN. Oh!... ni aun así la tomára,
que aunque mi honor ultrajó,
solo he de arrancarla yo
cuerpo á cuerpo y cara á cara.
CESAR. Oh!... (*Impaciente.*)
FERN. Con tal abnegacion (*Con desprecio.*)
de calmarme habeis tratado,
y solo me habeis probado
que no teneis corazon.
Mas ved que lidiar es ley
y que os evadís en vano;
porque el anillo y la mano
he de remitir al rey.
CESAR. Líbreme Dios de que atente (*Con calma.*)
á vuestra vida!
(*Pone la espada á sus piés.*)

FERN. Qué haceis!
La espada á mis piés poneis!
CESAR. Vuestra esposa es inocente,
y así su inocencia pruebo,
que si por ella lidiára,
vive Dios, que la culpára,
y yo culparla no debo.
Procurad otra razon,
buscadla, y no será en vano,
que mucho mas que la mano
tengo entero el corazon.
FERN. Basta de disculpas ya:
en mi casa os escondeis,
vos ese anillo teneis,
y decís que honrada está!
Y qué direis de este escrito?
Qué direis de este papel?
A no haber mas pruebas, él
cuerpo fuera del delito.
CESAR. Qué quereis decir?
FERN. Que á vos
este escrito os dirigía;
escuchad, por vida mia,
y luego... decida Dios.

(*Don Fernando irá marcando por la inflexion de la voz el cambio que esperimenta á la lectura de la carta: lée.*)

«Don César: en mi deseo
»de ahuyentaros de mi casa,
»en lugar de vuestro anillo
»que os vuelvo con la criada,
»una prenda de mi honor
»os entregué esta mañana.
»Ligera al dárosla anduve,
»que no ví que en ella os daba
»de una mujer la opinion
»y de un marido la fama.
»Volvédmela y olvidadme,
»que si por muerto os amaba,
»vivo desairaros debo
»que así el honor me lo manda.
»Noble sois, honrada yo,
»matad vuestras esperanzas,

»que os deslucen como noble,
»que me ofenden como honrada.
»Adios, y si aun me estimais,
»otorgadme esta demanda;
»dad vuestra mano á mí Inés
»que es digna de vos y os ama.»

(Don Fernando queda confuso: D. César recoge la espada y Doña Inés se arrodilla ante su hermana.)

INES. Hermana mia, perdon,
perdona si te ultrajé:
yo de tu virtud dudé.

BEATRIZ. Ay!... ven á mi corazon. *(Se abrazan.)*

FERN. Vos me ofrecisteis la mano...
(Despues de un momento.)

CESAR. Con el anillo: esta es. *(Resuelto.)*

FERN. Yo la acepto... para Inés.

INES. } Oh!...
BEATRIZ. }

FERN. Desde hoy sois mi hermano.

CESAR. } Ah!...
INES. }

BEATRIZ. Dios mio! *(Levántandose.)*

FERN. Permitid,
aun falta.

CESAR. Qué pretendeis?

FERN. Sentaos... y lo sabreis;
(Ap.) estoy temblando, escribid.
(A D. César.)
«Yo vuestro anillo real *(Dictando.)*
»hoy por gran honra admití;
»pero á un hermano lo dí,
»como regalo nupcial.
»Señor, si en esto hice mal,
»perdonadme, fuí importuno;
»mas sabed que no hay alguno
»mas digno de tal honor,
»que el que os lo vuelve, Señor,
»del rey abajo ninguno.»

INES. } Ah!... *(Admirados.)*
CESAR. }

BEATRIZ. Señor!...
(Va á arrodillarse y la detiene D. Fernando.)

FERN. Alza, matrona,
prez y orgullo de Sevilla,
tu virtud me maravilla,
y mi amor te galardona.
BEATRIZ. Oh!... me otorgais el perdon!....
FERN. Qué hay en tí que lo demande?
BEATRIZ. Ahora os conozco: sois grande,
y grande de corazon.
Y esa grandeza me escuda
para siempre; bien se vé,
que en vuestro pecho la fé
ha brotado de la duda.
FERN. Que es dudar!... si sospechara
que otra vez dudar pudiera,
trozos el pecho me hiciera
y á tus piés los arrojára.
BEATRIZ. Oh!... (*Se abrazan.*)
FERN. Sí, á mis brazos Beatriz,
satisfecho de tí estoy.
D. César....
(*Enlaza las manos de este y Doña Inés.*)
INES. Dichosa soy!...
FERN. Tomad, y hacedla feliz.
Y pues tributo á la ley
rendimos hoy del honor,
símbolo de nuestro amor
sea el Anillo del Rey.

FIN.

LA COMEDIA DE LA VIDA.

3 0112 117459971